

**LA IGLESIA DE DIOS  
FIGURADA POR EL ESPÍRITU SANTO  
EN LOS LIBROS SAGRADOS**

## PRESENTACION

*Es el último libro publicado en vida por Francisco Palau; el único de los conservados que trata directa y exclusivamente de la Iglesia, tal como anuncia su título o epígrafe. Si se tiene en cuenta que el misterio eclesial ocupó por entero su reflexión y su vida, puede extrañar que tardase tanto en dedicarle una obra específica.*

**La idea germinal.** — *No puede hablarse propiamente de retraso. En realidad este escrito es prolongación y culminación de todos los anteriores. Arranca de hecho del compues - ción de todos los anteriores. Arranca de hecho del compues - to en latín durante los primeros años de exilio en Francia. En aquel libro primerizo esbozaba y realizaba, en parte, un esquema eclesiológico centrado en dos figuras centrales: el de la «ciudad santa» y el del «cuerpo humano». Fracasó en su intento de publicar aquellas páginas al regresar a España, pero nunca renunció al proyecto que ellas encerraban. Pensó, sin duda, que era preferible esperar tiempos mejores y preparar grabados o ilustraciones adecuadas para comple - tar las descripciones literarias que ofrecía el texto. Se dio cuenta también que la obra perdía, en buena parte, su utili - dad al estar redactada en latín, comprensible casi exclusiva - mente para el clero.*

*Nunca olvidó Francisco Palau los materiales reunidos en aquel primer momento; tampoco arrinconó la temática de la Iglesia, al contrario, siguió mimándola como preocupación*

dominante de sus inquietudes interiores y de sus afanes apostólicos. A ella dedicó espacio más o menos amplio en todos los escritos posteriores, aunque las preocupaciones pastorales le obligasen a centrarse en otros argumentos.

Fue a raíz de su transformación interior en 1860 cuando Francisco Palau reincidió en la reflexión eclesial retomando el hilo de las primeras páginas escritas en Francia. Lo hacía en las memorias íntimas de *Mis Relaciones*, por lo tanto, desde una perspectiva nueva. Retomaba las ideas y las figuras apuntadas en la obra latina, pero las ampliaba y enriquecía con las experiencias y los conocimientos acumulados durante muchos años. Por las páginas de *Mis Relaciones* desfilan infinidad de figuras eclesiales que evocan en Francisco Palau la realidad definitiva que da sentido a su existencia. Es bien sabido que en ese libro domina la tipología bíblica, es decir, la figuración de la Iglesia en figuras y personajes de la Sagrada Escritura; queda en segundo plano la otra categoría de las representaciones anunciadas en el primer escrito, es decir, las relacionadas con la «ciudad santa».

No estaba Francisco Palau dispuesto a renunciar a este filón tan rico. Pensó detenidamente el modo de explotarlo con un sentido pastoral, de modo que sirviese a sus ansias de dar a conocer al gran público creyente la doctrina revelada sobre la Iglesia. A ese proyecto largamente acariciado aludía a finales de 1864 en una página de *Mis Relaciones*. Escucha en su interior la voz de la misma Iglesia que le dice: «Toma la pluma, el lápiz y el pincel, y preséntame tal como me conoces, en sombras y en figuras al hombre viador». Para vencer su resistencia, le asegura la Iglesia: «Sí, yo agregaré a ti artistas que tengo escogidos, y bajo tu dirección ellos presentarán al mundo mi imagen y figura, y en ella me reconocerán los que están marcados para miembros de mi cuerpo» (p. 142-143).

**El proyecto y la realización.** — En el subtítulo del libro, en su presentación y en la dedicatoria al papa Pío IX queda desvelado el sentido a primera vista enigmático de ese día -

logo de *Mis Relaciones*. Cuando lo trasladaba al papel, Francisco Palau tenía ya en marcha el proyecto largamente meditado. Se había procurado la colaboración de un puñado de artistas catalanes para llevar a cabo una magna empresa editorial. Se trataba de desarrollar una eclesiología ilustrada: presentar la doctrina sobre la Iglesia a partir de las figuras más representativas que aparecen en la Biblia y en la tradición. El texto debía de ir acompañado de ilustración gráfica que ayudase a la comprensión de lo expuesto en él.

Al director de la obra, Francisco Palau, le correspondía seleccionar los tipos y las figuras que debían plasmar luego sus artistas colaboradores en litografías esmeradas. Firman junto con él al fin de la dedicatoria al Papa. Son artistas de prestigio y renombre, porque se trataba de ofrecer algo serio y digno, no mediocridades.

El libro, o «album religioso» que se ofreció a Pío IX y que ahora se reedita es parte insignificante de un ambicioso proyecto que debía comprender dos partes. La primera estaba proyectada en 13 tomos, correspondientes a otras tantas imágenes o figuras centrales de la Iglesia. La única que llegó a realizarse fue la primera, la que ocupa este libro, es decir: «la ciudad de paz – la Iglesia triunfante». Puede verse al inicio del libro la tabla completa del proyecto en su primera parte. Fuente de inspiración principal el Apocalipsis (capítulo 21-22).

El enfoque apocalíptico aparece ya en la primera página, que sirve de portada al libro, con el Vidente de Patmos en primer plano. En 21 láminas se desarrolla el tema de la «ciudad santa», sirviendo de pauta los epígrafes que introducen cada una de las láminas. El esquema que sirve de soporte a todo el desarrollo es el siguiente: primero el texto del Apocalipsis, de donde procede la figuración; luego, la interpretación pictórica; al fin, la aclaración teológica.

La idea dominante, arrancando de la figura clave, se exhibe en las siguientes afirmaciones: la Iglesia es misterio profundo; tiene su realización plena en la futura existencia

celeste; en vista de ésta, fue pensada desde la eternidad por «la soberana inteligencia» de Dios; pero en definitiva, su razón de ser y toda su excelencia radican en Cristo; El es su fundamento, «el fundamento de los fundamentos»; su centro, su puerta y su vida; hasta el extremo de que la Iglesia hace una unidad con El. Y en este punto topamos con la línea de fuerza de la eclesiología del P. F. Palau. Habría que leer íntegro su comentario a la lámina 7: «Cristo con las prójimos constituye un solo cuerpo, una sola ciudad, un reino, una grey; y ese cuerpo moral, ese reino, esa sociedad es la Iglesia santa...».

Aparte la fuente bíblica, el autor se ha inspirado en los grandes maestros cristianos. Tres en especial: San Agustín, gran ideador de la Ciudad de Dios (lámina 8.); un clásico comentarista del texto bíblico, Cornelio a Lapide, cuya explicación del Apocalipsis será recordada expresamente en el Album (pp. 29 y 33); y finalmente otro comentarista bíblico, también del siglo XVII, Jacques Tirin (1580-1636), de cuya glosa al Apocalipsis el Album recogerá el comentario casi íntegro a la lámina 19: «El árbol de la vida y las aguas procedentes del trono de Dios» (pp. 49- 51). Las aportaciones de los tres maestros son marginales. El Album refleja en pleno la visión original que el P. Palau tiene del misterio de la Iglesia.

**La edición.** — Dada la composición de la obra a base de pliegos y láminas por entregas, existen notables discrepancias de ordenación interna entre los pocos ejemplares conocidos. Se sigue la edición de «Textos Palautianos» (n. 3) en la ordenación de las láminas y en la inevitable redacción de su formato. Para facilitar la lectura se ha procedido a la composición tipográfica del mismo.

## LA IGLESIA DE DIOS

### FIGURADA POR EL ESPIRITU SANTO

### EN LOS LIBROS SAGRADOS

\*\*\*\*\*

### ALBUM RELIGIOSO

*Dedicado a la santidad de Pío IX por una sociedad  
de artistas  
bajo la dirección del  
P. Fr. Francisco Palau, Pbro.  
Misionero Apostólico.*

*Revisado por la autoridad eclesiástica.*

## PROSPECTO

1. El sol de justicia que unido siempre con la Iglesia santa dejó ver al mundo los albores de una bella y brillante aurora durante los tiempos de la ley natural y escrita, amaneció en el Gólgota, y levantándose en el curso de los tiempos hacia el medio día, ha disipado por su Iglesia y con su Iglesia las tinieblas del error que en cada siglo el genio del mal ha creado. Cada época ha traído consigo herejías especiales, que han sido disipadas por los rayos del Vaticano, y por las confesiones que sobre el dogma impugnado han hecho los mártires y confesores de la Fe Santa desde los suplicios, cárceles y destierros, en medio de sus padecimientos.

2. Este nuestro siglo las ha dado y las da contra la misma Iglesia, y siendo este artículo de nuestro credo *et unam Sanctam Catholicam et Apostolicam Ecclesiam* el blanco donde el error asesta sus tiros, desplegando las banderas y oída la señal del combate, también nosotros nos agrupamos al rededor de la cátedra de san Pedro armados de lápiz, pincel, compás, medida y otros instrumentos que nos proporcionan las bellas artes del dibujo y de la pintura.

En esta encarnizada lucha en la que lidia la sociedad actual toda entera dividida en dos bandos rompiendo sus lanzas, cascos y escudos, nosotros nos presentamos en el campo de operaciones con el lápiz y el pincel, con la noble, alta y sublime misión de trazar sobre el objeto impugnado el mismo bosquejo que ha hecho ya la pluma dirigida por el

Espíritu Santo sobre la Iglesia de Dios; nosotros diremos con el lápiz y el pincel lo que ha dejado escrito la pluma. Nuestros compañeros de armas están bien convencidos de que esta clase de instrumentos son de gran virtud y eficacia. Nuestros dibujos son leídos y conocidos de un solo golpe.

3. Todos nuestros trabajos van ordenados a formar la verdadera figura de la Iglesia santa. Para el desempeño de nuestra misión sería indispensable que el objeto que nos proponemos figurar nos fuera bien conocido, y que lo tuviéramos a la vista; y no siendo esto posible con aquella perfección que se requiere, como se verá en el curso de esta obra, no podemos hacer otra cosa sino copiar la figura que la pluma nos traza en los libros sagrados, inspirada, y movida por el Espíritu Santo que conoce perfectamente la realidad a que aluden las sombras de nuestro lápiz y pincel.

Las reglas de nuestras artes, en conformidad con el texto sagrado, serán las que dirigirán nuestro bosquejo; y para que tengan nuestros suscriptores una idea general de esta nuestra obra, añadimos a este prospecto un índice de las más remarcables figuras que van a formar la imagen de la Iglesia de Dios, con los títulos de las láminas que las explican y desenvuelven.

Suplicamos a nuestros suscriptores nos comuniquen, no sólo su modo de apreciar nuestros trabajos, sino que si nos remiten tanto en láminas como en escritos todo lo que vean pueda servirnos, les estaremos muy reconocidos.



Figuras 1.<sup>a</sup> al 10.<sup>a</sup>

Figuras 11.<sup>a</sup> al 20.<sup>a</sup>

Figuras 21.<sup>a</sup> al 30.<sup>a</sup>

Figuras 31.<sup>a</sup> al 40.<sup>a</sup>

Figuras 41.<sup>a</sup> al 50.<sup>a</sup>

Figuras 51.<sup>a</sup> al 60.<sup>a</sup>

Figuras 61.<sup>a</sup> al 70.<sup>a</sup>

Figuras 71.<sup>a</sup> al 80.<sup>a</sup>

Figuras 81.<sup>a</sup> al 90.<sup>a</sup>

Figuras 91.<sup>a</sup> al 100.<sup>a</sup>

Figuras 101.<sup>a</sup> al 110.<sup>a</sup>

Figuras 111.<sup>a</sup> al 120.<sup>a</sup>

Figuras 121.<sup>a</sup> al 130.<sup>a</sup>

Figuras 131.<sup>a</sup> al 140.<sup>a</sup>

Figuras 141.<sup>a</sup> al 150.<sup>a</sup>

Figuras 151.<sup>a</sup> al 160.<sup>a</sup>

Figuras 161.<sup>a</sup> al 170.<sup>a</sup>

Figuras 171.<sup>a</sup> al 180.<sup>a</sup>

Figuras 181.<sup>a</sup> al 190.<sup>a</sup>

Figuras 191.<sup>a</sup> al 200.<sup>a</sup>

HOJA SUELTA

JUICIO CRÍTICO SOBRE LA OBRA TITULADA LA IGLESIA DE DIOS

1. No pudiéndonos separar en el fondo de nuestra obra del orden de materias que cada una de las figuras abraza; para que nuestros suscritores sepan todo cuanto amigos y enemigos tengan a bien comunicarnos en pro o en contra de ella, hemos resuelto publicar de vez en cuando esta hoja suelta. Saldrá al menos una vez al mes, más o menos abultada según que las materias lo exijan, sin aumentar por esto el precio de la suscripción. Todos los números juntos formarán un tomo separadamente de nuestro Album. Nos servirá a más para tratar en ella más o menos en extenso ciertas materias de actualidad, referentes a la Iglesia santa en extensión de las que en el Album se tocan muy en general. Si alguno nos hace el honor de atacarnos, nos defenderemos armados de una hoja, no de acero, sino de papel.

ADVERTENCIA IMPORTANTE A NUESTROS SUSCRIPTORES

2. Todas las diferentes figuras tras las que el Espíritu Santo nos representa la Iglesia, tienen un mismo objeto, pero como cada una de ellas la describe bajo una forma especial, cada una de por sí será una obra acabada y completa, y formará un tomo más o menos voluminoso, de modo que si un suscriptor quiere dejar la suscripción, terminada una figura tendrá en ella una colección de láminas que no dependerán de las subsiguientes.

*El lápiz, la pluma y la lengua.* Estos tres instrumentos en sí tan despreciables son las armas formidables que sirven a la verdad y al error en el día de la batalla. La lengua es el órgano escogido por el Espíritu Santo para comunicar a los hombres la verdad y el fuego de la caridad: con la lengua doce hombres pobres e ignorantes rindie-

ron a todos los emperadores, a todos los reyes, y a todos los grandes poderes de la tierra: la pluma nos dejó en los libros sagrados estampada la verdad revelada, y el lápiz, el pincel, y el cincel nos la figuran en láminas con letras que todas las lenguas leen y entienden. A su vez el error se comunica por estos mismos órganos.

El *lápiz*.. es tan elocuente como la lengua y la pluma. Para que la lengua sea apto instrumento en la predicación del evangelio, el hombre se prepara con los estudios, siguiendo en ellos el curso fijado por las leyes de enseñanza: luego por el sacerdocio queda consagrado a tan alto ministerio. No se permite a la pluma tocar el Dogma y la Religión sin previa censura de la Iglesia misma, ¿porqué se ha de tolerar que el lápiz ponga sombras sobre objetos sagrados sin dirección y censura de los Prelados ordinarios? Si hasta ahora se ha tolerado por la dificultad que tenía al pincel en publicar sus figuras, en la actualidad es una necesidad suprema quitar al lápiz esa libertad, sujetándolo como lo está la lengua del orador, y la pluma del escritor sagrado a la previa censura de los ordinarios. Llamamos en este Album y llamaremos una y más veces la atención de los Prelados de la Iglesia y de su digno Pontífice que la rige sobre la tierra, para que se sujeten las láminas religiosas a la previa censura, y a nuestro objeto demostraremos los errores, las herejías, y las inmoralidades en que incurre el lápiz abandonado a manos muchas veces impías en la ordenación y composición de figuras santas, religiosas y sagradas. Para leer se necesita estudios, pero la verdad figurada en láminas es un libro que todos saben leer, y todos entienden, y de tal naturaleza que de por sí misma llama de tal modo la atención que arrastralos ojos del que la mira, y se lee con gusto: un libro por bueno que sea muchas veces fastidia hasta el abrirle, pero una estampa, aunque sea un mamarracho, deleita siempre y *recrea* al espectador. La publicación de nuestro Album tiene por objeto llamar la atención del público católico en orden a las figuras religiosas, y ya que hemos empezado por el retrato de la Iglesia, verán luego nuestros suscritores frente de él dibujado y estampado el error con toda su fealdad, y esto acreditará la importancia de nuestra publicación.

3. El público religioso observará el gran cuidado que nuestra empresa pone para presentar con el lápiz la figura verdadera de la Iglesia; y los estudios que deben preceder tanto teológicos como artísticos para no errar; pues bien un cualquiera la describe a su capricho en un cuarto de hora, la imprime, y nos presenta su estam-

pa. Esta libertad es sumamente perjudicial a la fe católica, porque dada a la imaginación una figura errónea en estampas, este error queda grabado en el alma, y la echa a través, pues que siendo natural buscar nuestro entendimiento en las figuras de la fantasía las noticias, nociones, especies e ideas de la verdad, siendo las figuras erróneas, causan en la parte ideal confusión, desorden y tinieblas: bajemos a la práctica.

4. Si la Iglesia triunfante es una ciudad, el plano que marca el terreno que debe ocupar es de 500 leguas cuadradas: para formar ese plano, es preciso que el mapa manifieste a primera vista la grandeza de esta obra, es contra las reglas de la perspectiva presentar descrita y dibujada en unas cuantas casas encerradas por cuatro muros una ciudad de tan inmensas proporciones, y a más contra la verdad del texto sagrado. Este dice que la ciudad tiene 12.000 estadios cuadrados y si se trata un plano donde apenas quepan 1.200 almas, ese plano y esa figura no son conformes a la escritura sagrada. He visto láminas que al describir la ciudad santa de la Jerusalén celeste nos la presentan como una población de dos o tres mil vecinos. Esas figuras estampadas en nuestra imaginación dan al hombre una idea muy baja, muy pobre de la Iglesia triunfante, y una vez desfigurada, o mal formada su imagen en la fantasía, el entendimiento al buscar en las figuras de la imaginación la imagen verdadera de la cosa figurada, halla un error, y este error es fatalísimo al alma que busca en las sombras la realidad, y en la figura la verdad.

5. Las láminas de nuestro Album de por sí solas, prescindiendo de la letra, han de demostrar de un solo golpe de vista la divinidad de la Iglesia de Dios, la magnificencia, la magnitud y grandeza de esta obra, las inmensas riquezas que posee, sus glorias, su poder y autoridad inatacable, su orden inalterable, los inagotables recursos de que dispone en las batallas contra sus enemigos, lo invencible de sus formidables ejércitos, la impotencia, la debilidad y flaqueza de los que la impugnan: el lápiz ha de ofrecer a primer golpe de vista al describir la Iglesia bajo las especies de una mujer, una Virgen sin mancha ni arruga, siempre joven, y tan bella cual es capaz de concebir nuestra imaginación sana, robusta, fuerte, invencible, que tiene en sus manos todos los cetros, y en su cabeza todas las coronas. En una palabra, este Album ha de ser una obra completa y acabada, y un tratado extenso y a la vez muy compendiado, que incluya todo cuanto la pluma ha escrito sobre la Iglesia de Dios,

pero de tal naturaleza, que hojeando las láminas, sin el cansancio de la lectura, sea todo conocido, visto y leído de una sola vez. El lápiz es tan elocuente al describir la verdad, que la imprime en la mente, la trasmite al corazón sin fatigar al que mira la figura; al contrario, se hace leer con gusto, escita la curiosidad, y predica la verdad sin fastidiar a los espectadores.

#### EL JOVEN ECLESIAÍSTICO Y LA IGLESIA

6. De la Iglesia Cristo es la cabeza, y nuestros prójimos los miembros de su cuerpo: en este sentido la Iglesia es Dios y los prójimos, y en este concepto es ella el objeto y el término último de nuestro amor, ella es nuestra amada, fijada por la ley de gracia que dice: «amarás a Dios, amarás a tus prójimos». Esta es la Esposa con la que se enlaza el joven eclesiástico al pie del altar en el día de la ordenación, y luego después hecho Párroco, Obispo o Papa, uniéndose con la parroquia, diócesis o metrópoli con los lazos sagrados del ministerio emplea los días de su peregrinación sobre la tierra en servirla. Jesucristo ha querido que su Esposa sobre la tierra tuviera amantes consagrados a su amor y servicio, y siendo esta Esposa una virgen siempre joven, siempre virgen y pura, inmortal, imperecedera, tan bella y hermosa cual es capaz de concebir nuestro entendimiento ¿qué mucho que un joven que ha tenido la ventura y la suerte de conocerla, abandone todos los amores del siglo y consagre su vida y existencia al servicio del objeto de amor marcado al corazón humano por la ley *amarás*? Deja lo menos para conseguir lo más. De esto hablaremos muy en extenso al presentar el retrato verdadero de la mujer del Cordero. Habiendo los eclesiásticos renunciado por el voto de castidad todo amor profano, yo no dudo que como yo mismo todos tendrán en su casa, y a la vista, el retrato de su Esposa, de la que presentaremos luego la figura e imagen concluida que esté la descripción que ahora estamos haciendo de la ciudad que con ella hemos de habitar por toda la eternidad. Un buen amante no pudiendo olvidar a su amada, para consolarse en su ausencia, se procura entre tanto su retrato, y se contenta en contemplar su figura... ¡qué sería cosa triste para nosotros los eclesiásticos si no estuviéramos por amor enlazados con la Iglesia! ¿qué amaríamos? Presentaremos en este Album la Esposa de Jesucristo figurada en las mujeres santas las más céle-

bres del antiguo y nuevo Testamento a continuación de esta figura primera, para no cansar así a nuestros suscriptores con láminas de una misma forma.

#### EL FOTÓGRAFO Y LA IGLESIA DE DIOS

7. Pasando por la rambla de Barcelona un día, encontré un joven amigo y a su esposa que iban a fotografiarse: invitado, fui con ellos, y después de haber ellos sacado sus retratos, entré yo en el juego: fui también retratado, y luego mandé fotografiar a mi señora...

«¿Es V. eclesiástico?

– Sí, señor, ¿no ve V. el uniforme? soy fraile, pero sacerdote...

– ¿Quién es su señora?

– La señora a quien he consagrado mi amor es la Iglesia: saque V. el retrato de ella ¿sabrán V. fotografiarla?

– Yo no la conozco.

– ¿Es V. católico?

– Sí, señor.

– Pues la Iglesia es la Madre que le ha dado la vida de la gracia en el bautismo, y es también para V., el objeto último y completo de su amor.

– ¿Qué figura tiene?

– Ahí va: este es su tipo más perfecto y acabado que se conoce en la creación».

Era una imagen de la Virgen, Madre de Dios. «Esta mujer es, le dije, la figura de la Iglesia». La fotografió y la llevé conmigo.

#### JUICIO CRÍTICO

En el prospecto de nuestro Album hay las siguientes faltas de tipografía. *Lejora, Sébora, Joel, Midiol.* – Séfora, Débora, Jael, Micol.

#### EL REPOSO EN LOS BRAZOS DE LA MADRE

8. Estando mi seráfica madre santa Teresa de Jesús en los últimos de su vida «por fin, exclamaba con gran confianza, soy hija de la Iglesia», y esta tierna y dulce Madre abrió sus brazos, recibió en su seno a una hija que tan fiel le había sido durante esta vida de

miserias, y en este abrazo encontró este serafín humanado el eterno reposo de que ahora goza en el cielo. ¡Cuán dulce, cuán agradable, cuán deleitable debe ser el reposo en los brazos de una Madre virgen, y tan pura cual es la Iglesia triunfante, después de las agitaciones, trastornos, y convulsiones horribles de la vida presente! Piénsalo bien, hombre viajante y peregrino sobre la tierra, no huyas de la Iglesia, no te alejes de su presencia, cree lo que te dice esta amorosa y dulce Madre, pon en ella tu esperanza, ámala, y hallarás en su seno la felicidad que buscas. Fuera de ella no hay salvación, fuera de sus brazos hallarás convulsiones espantosas y tormentos horribles que durarán una eternidad.

*Fr. F. Palau, Pbro.<sup>1</sup>*

---

1. En la edición original se coloca la aprobación del Ordinario de Barcelona. Es del tenor siguiente:

#### APROBACION DEL ORDINARIO

Excmo. e Ilmo. Sr.

Conforme a lo dispuesto por V.E.I., he examinado con todo cuidado el prospecto y plan de la obra que se propone publicar el Reverendo D. Francisco Palau, titulada *La Iglesia de Dios*, la que no contiene cosa alguna contra la fe católica, antes da la idea de que la obra será muy digna de ver la luz pública y de mucha oportunidad.

Dios guarde a V.E.I. muchos años. Badalona a 24 de Febrero de 1865.

*Fr. Francisco de Asís Mestres, exclaustro*

Excmo. e Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona

Barcelona, 25 febrero de 1865

Vista la censura que ha formulado de nuestra comisión el Reverendo P. D. Francisco de Asís Mestres, examinador sinodal del Obispado, acerca de la obra titulada, *La Iglesia de Dios* que se publica bajo la dirección de D. Francisco Palau, Misionero Apostólico, damos nuestro permiso para su publicación.

Lo decretó y firma S.E.I. de que certifico

*Pantaleón, Obispo de Barcelona*

Por mandato de S.E.I. el Obispo mi Señor,  
Dr. Lázaro Bauhoz, prob.

## DEDICATORIA

**A LA SANTIDAD DE PÍO IX**

Stmo. Padre:

1. En las batallas de la fe, nos han salido al encuentro tres formidables ejércitos, y son: El príncipe tenebroso con sus ángeles perversos, las potestades de la tierra en liga con ellos y las pasiones malas del mundo y de la carne. Al divisarnos hemos desplegado un estandarte con las armas del Pontífice Romano, y al pedirnos señas y contraseñas hemos contestado por un pregón, y en notas distintas les hemos delineado y sombreado con los instrumentos de las bellas artes del dibujo la verdadera figura y hermosa imagen de la Iglesia de Dios. Reconocemos que nuestro lápiz y pincel al poner sombras sobre objeto tan sagrado, si no tuviera la dirección que tiene la pluma cuando toca el Dogma y la Moral, incurriera como ésta en errores y herejías con gravísimo perjuicio de la Iglesia misma y nuestro, por cuya causa, antes de tomar en nuestras manos los instrumentos de nuestras artes, nos hemos sujetado a la autoridad de Dios y de su Iglesia residente en nuestro prelado el Obispo de Barcelona, y obtenida la competente autorización, hemos empezado nuestra misión. Para el acierto en ella, creemos cumplir un deber religioso al venir humildes ante el trono de la Esposa de Jesucristo, cuyo retrato estamos bosquejando, pidiendo la bendición al Pontífice que la representa sobre la tierra.

2. Tenga a bien Su Santidad aceptar esta obra que rendidos dedicamos y sujetamos a su infalible censura, como un testimonio público, inequívoco de nuestra fe y amor a la persona de Su Santidad y a la Iglesia, cuya figura están describiendo los artistas que suscriben y besan L.P.D.S.S.

*Fr. Francisco Palau, Pbro., José Folch y Brossa, Manuel Oms y Canet, Antonio Castelucho y Vandrell, Enrique Padrós y Parals.*

España, Barcelona Marzo de 1865.

**LA IGLESIA DE DIOS**  
**FIGURADA POR EL ESPIRITU SANTO**  
**EN LOS LIBROS SAGRADOS**

Figura Nº 1.– UNA CIUDAD DE PAZ: IGLESIA TRIUNFANTE

---

**LA SUPREMA INTELIGENCIA CONCIBE Y PREORDENA  
EL PLANO DE SU IGLESIA**

LÁMINA 1ª

1. Considerando a la Iglesia de Dios, tras las sombras de una ciudad, la Suprema inteligencia es su artífice quien allá en la eternidad *a parte ante*, siendo un agente de infinita virtud concibió, le dio una forma, definió todas sus partes detallando la figura y sitio que cada una de ellas debía ocupar. En su mente purísima no sólo fijó el plano de la ciudad Santa, de la Jerusalén celeste, sino que preordenó el modo y el tiempo de llevar a su última perfección su grande obra.

Concebido el plano, Dios dijo una palabra, y esa palabra es la edificación de su Iglesia en el curso de los siglos bajo el mismo orden que fue preordenada por la eterna Sabiduría.

Consumados los siglos aparecerá en la eternidad *a parte post* la ciudad Santa en su ser perfecto, quedando lleno, perfecto y acabado el plan bajo el que fue delineada.

2. Bajo estos tres puntos de vista, en todas las figuras que lo permitan, describiremos la Iglesia de Dios.

Esta primera lámina ofrece a nuestra vista la Soberana inteligencia concibiendo los planos bajo los que se está edificando la Iglesia Santa.

## **EL VERBO ETERNO EDIFICA LA IGLESIA EN EL CURSO DE LOS SIGLOS**

LÁMINA 2ª

---

## **EL MONTE SOBRE EL QUE ESTA FUNDADA LA CIUDAD**

LÁMINA 3ª

1. La Iglesia está en Cristo y Cristo en su Iglesia, siendo los dos una misma cosa; si la Iglesia es una ciudad, Cristo es aquella montaña alta y sublime sobre la que se cree solidísimamente fundada, Cristo es una piedra preciosísima y firmísima: sus atributos e infinitas perfecciones se levantan de ella a semejanza de montes sublimes y altísimos (5), que circuyendo la ciudad Santa la amparan, defienden y salvan contra las invasiones del espíritu malo. La ciudad, y la montaña sobre la que está construida (1), descansa sobre nubes de gloria (4), emblema de la divinidad de Cristo. Describiremos la ciudad, sus muros, sus fundamentos, sus puertas, sus calles, sus plazas, y contemplaremos su inmensa gloria, su magnificencia, su grandeza y su inagotable riqueza.

En esta misma montaña vemos otra ciudad, no de paz, sino de guerra (2), la Iglesia militante, la que encierra unos 160 millones de ciudadanos los que, llegada una hora determinada, se convierten en un ejército ordenado en batalla de igual número de combatientes, bajo las órdenes y dirección de un Rey invulnerable, inmortal y eterno. Una colección de láminas nos manifestará un bosquejo de la Iglesia militante:

veremos sus muros, sus torres, sus almenas, sus fuertes, su alcázar real, sus pertrechos de guerra que la constituyen en un estado inconquistable e invencible; contemplaremos sus puertas, sus fundamentos, veremos también sus afueras, el campamento enemigo que la impugna, y por último sus defensas.

Reina con Cristo en la Jerusalén celeste y terrestre su esposa, virgen purísima y Madre fecundísima. Pintaremos su indescriptible belleza, su gloria, su poder y sus grandezas.

En la misma montaña Santa se halla un campo espacioso, y veremos en él por semilla de todas sus plantas el Verbo divino; encontraremos allí aquel jardín de delicias, especial para plantas bellas, bien ordenado y sellado a la ferocidad de los animales malos, regado por una fuente sellada, de donde dimanar las aguas purísimas y saludables de la gracia. En el mismo campo describiremos la viña del Señor, y en la misma se manifestará la viña misteriosa que, purgada en Noé por el diluvio, en Abraham contra la gentilidad y en Jesucristo contra el pueblo judío, ha extendido en todos los siglos sus sarmientos, dando frutos sazonados y abundantísimos.

## LA CIMA DEL MONTE SANTO SOBRE EL QUE ESTA FUNDADA LA IGLESIA

### LÁMINA 4ª

1. Sobre Cristo y sus sublimes atributos y perfecciones está fundada la Iglesia Santa. Antes de darle figura alguna, se ha de notar que la figura debe corresponder a la cosa figurada, y lo que se intenta representar tras las sombras del lápiz y con los colores del pincel deben ser objetos conocidos del artista. Entendemos aquí por Iglesia un cuerpo moral perfecto, constituido de todos los espíritus, ya sean angélicos, ya humanos, bajo Cristo, su cabeza; o la congregación de todos los ángeles y santos bajo Cristo, su cabeza, no solo de los que ahora existen en la naturaleza de las cosas, sino de los que están predestinados a formar parte de esta gran familia. Bajo cualquier figura que se considere la Iglesia en este sentido, al describirla ha de corresponder la figura a la realidad y las sombras a la verdad. Va a trazar el lápiz, no un ser fantástico, sino una cosa positiva, existente en la creación; y si se extravía puede pintar errores y herejías del mismo modo que la pluma describirlas.

2. Vamos aquí a contemplar la Iglesia Santa tras las sombras de una ciudad. Bajo este punto de vista mirémosla en estos tres períodos:

1º La Suprema inteligencia la concibe y preordena antes que el mundo fuera.

2º Su edificación en el curso de los siglos.

3º Su perfección consumados los siglos.

Dios, siendo una inteligencia de una virtud infinita, nada ha producido en el curso de los siglos que no lo haya ordenado en la eternidad. La primera inteligencia allá en la eter-

nidad, *a parte ante*, como arquitecto de inmenso poder, fija la forma que ha de tener la ciudad y cada una de sus partes. Al concebir el plan queda ésta detallada en sus plazas, calles, casas, muros, puertas, adornos, riquezas; todo lo prevé, todo lo preordena, todo lo mide, todo lo pesa, todo lo numera, y da nombre propio a cada una de las piezas. No sólo preordena la figura y forma que ha de tener la ciudad, sino que antes de llegar a la ejecución de su plano, predestina y fija el modo, el orden, los medios y el cuándo cada una de las partes se ha de trabajar, y por qué operarios y de qué instrumentos estos se han de servir, los materiales que se han de emplear, en una palabra, el Supremo arquitecto nada olvida, nada descuida, y su plan, concebido por su inteligencia infinita, queda trazado y delineado con líneas indelebiles en su misma purísima mente tan perfecto y acabado, que no es posible, una vez terminado, ni añadir, ni quitar, ni borrar, ni corregir, ni la sombra más mínima de un cabello.

3. Concebido el plano, vamos ahora a su ejecución. El arquitecto que lo ha trazado, es el mismo el que lo ejecuta, y para la edificación de la ciudad eterna, no le falta poder, autoridad ni virtud. Las criaturas no pueden ni entorpecer, ni paralizar, ni suspender su obra. No le faltan operarios para la edificación de su Iglesia; todas las criaturas sirven en sus manos, o como instrumentos, o como ministros, ángeles buenos y malos, hombres santos y perversos; todos están ordenados a la edificación de la Jerusalén celeste. Dios en su sabia providencia no dejaría, ni demonios, ni malos hombres sobre la tierra, si de ellos no se sirviera para bien de los escogidos. Tampoco le faltan materiales, porque en su potencia halla una inmensidad de ellos y tan ricos y preciosos cual los necesita para realizar su plan concebido.

4. Preordenada, pues, la ciudad Santa de Jerusalén por el Supremo arquitecto en la eternidad, *a parte ante*, dice una sola palabra, y el Verbo eterno, que es Dios, construye la ciudad y ejecuta el plano concebido en la mente divina con tal puntualidad y exactitud, que no se mueve la hoja de ningún

árbol sino al impulso de su soplo, ordenando el tiempo y cuanto con el tiempo se mueve, *omnia propter electos*; todo para bien de la Iglesia.

Y consumados los siglos, pasado el tiempo, viene la otra eternidad, *a parte post*, y en ella se presentará terminada, acabada y perfecta la obra de Dios, la Iglesia Santa, en plena conformidad con el plano preordenado por la suprema Inteligencia.

Considerada la Iglesia Santa bajo este punto de vista, empezaremos ahora por presentar ese plano, que rige su edificación en el curso de los siglos, y ese plano mismo es el que, mirado a ojo de pájaro, se ve trazado sobre la cima del monte Santo de Dios.

## PLANO DE LA CIUDAD

### LÁMINA 5ª

1. Dice el texto Sagrado «y vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras y habló conmigo, diciendo: ven acá, y te mostraré la Esposa que tiene al cordero por Esposo, y me llevó en espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo de la presencia de Dios, que tenía la claridad de Dios y la lumbré de ella era semejante a una piedra preciosa de jaspe a manera de cristal» [Ap 21,9-12].

Mira, hombre mortal, mira desde este tu destierro la ciudad Santa, término de tu viaje, y la verás rodeada, amparada y protegida de montes eternos, inmuebles y solidísimos que la circuyen; y estos montes son las infinitas perfecciones de Jesucristo y sus atributos. En medio de un llano espacioso, encerrado a todo mal por la potencia de Dios, la hallarás trazada y delineada.

2. El ángel en visión intelectual la dejó ver a S. Juan bajo los tres puntos de perspectiva, desde los que nosotros la estamos describiendo.

1º La vio en plano, delineada en la mente purísima del Supremo arquitecto.

2º La vio edificándose por millares de operarios en el curso de los siglos.

3º La vio finalmente acabada, y en su ser perfecto a *parte rei* en aquel estado que tendrá cuando, consumados los siglos, estarán en ella todas sus partes, esto es, todos los escogidos, ángeles y hombres.

Nosotros, al describir la ciudad eterna, ya sea en plano, ya en su ser perfecto y acabado, vamos a copiar el mismo bosquejo que de ella nos da el texto Sagrado, sirviéndonos de las reglas del arte para extenderle.

3. Antes de presentar el plano es preciso prevenir que para no extraviarse ni deslizarse el lápiz y pincel, ya tenemos en vista que la figura debe ser conforme a la realidad figurada. El dibujante debe tener presente al trazar su bosquejo el objeto que se propone sombrear: por el número de ciudadanos, se ha de calcular la extensión de la ciudad.

¿Qué es la Iglesia tal cual vamos a figurarla?

Describiéndola o en plano o en su ser completo, no es otra cosa que una multitud tan numerosa de ciudadanos cual es capaz de concebir nuestro débil entendimiento. ¿Cuántos son en número los ángeles y hombres predestinados para la gloria? Calcúlese si se puede, y éstos, ordenadísimos en sí mismos bajo Cristo, su cabeza, son el objeto que nos proponemos delinear.

4. Vamos, pues, a medir el terreno sobre el que está fundada la ciudad Santa [Ap 21,15]: «Y el que hablaba conmigo tenía una medida, que era una caña de oro para medir la ciudad y sus puertas, y el muro y la ciudad es cuadrada, tan larga como ancha, y midió la ciudad con la caña de oro, y tenía doce mil estadios, y la longitud, la altura y la anchura de ella son iguales. Y midió el muro, y tenía ciento cuarenta y cuatro codos de medida de hombre que era la del ángel». En la acción de medir está demostrada la preordenación de la Iglesia Santa, y por lo que toca a la dimensión y extensión del terreno fijado por el ángel, resultan dos cosas; la magnitud y grandeza de la obra de Dios, y los límites y fines de ella por referirse a criaturas limitadas.

5. Viniendo, pues, a nuestro caso, tomadas de mano del ángel las medidas, presentamos el plano concebido por la eterna sabiduría de *Dios*.

La extensión de terreno que debe ocupar la ciudad Santa es de 12.000 estadios. Por aquí se puede calcular el número de sus ciudadanos.

La ciudad estaba circuida de un muro que, al medirle el ángel, halló que tenía de alto 144 codos, era cuadrada, y tenía en sus muros tres puertas a cada frente, que componen el número doce.

Fundándonos nosotros sobre las medidas dadas por el ángel en orden a la forma, bajo la que presentamos descrita la Jerusalén celeste, hemos tirado desde cada una de las doce puertas colocadas en muro una línea recta hacia al centro, que a manera de radio vaya a terminar al trono del cordero; y estas doce líneas nos dividen todo el terreno, abriendo otras tantas calles, que denominaremos vías generales que conducirán a los celestes ciudadanos, de la circunferencia al centro; el ancho de estas vías ha de ser proporcionado al concurso, a la grandeza y magnificencia de la ciudad.

6. Ponemos la plaza principal en medio de la ciudad, en razón de que, teniendo allí su trono y su silla el cordero sin mancilla J. C., al rededor del trono de Dios, es indispensable medir un espacio libre tan capaz que puedan reunirse allí en cuerpo todos los escogidos con los coros angélicos. Colocamos la plaza en el centro porque allí reside el Sol de justicia que clarifica toda la iglesia triunfante.

Describimos otras calles transversales a las primeras, porque es necesario haya vías de comunicación no sólo de la circunferencia al centro, sino en línea transversal.

7. Para marcar la división de líneas que han de constituir el orden general de este plano, no siendo esta figura fantástica, aludiendo nuestro bosquejo a realidad, esto es al orden admirable que guarda en sí misma la Iglesia Santa, las líneas que dividen y subdividen y forman nuestro plano están dirigidas y tiradas sobre los principios siguientes:

1º Para encontrar el orden en una multitud tan grandiosa, ya de ciudadanos, ya de edificios, se ha de creer que hay

supremos ínfimos, e intermedios, y que los ínfimos son dirigidos a los supremos por el ministerio de los intermedios.

2º Los ángeles y los hombres forman una sola ciudad, un solo cuerpo moral, una sola familia, un solo reino bajo una sola cabeza y un solo rey que es Cristo: los hombres glorificados forman coro y jerarquía con los ángeles, no por separado, sino en unión con ellos, atendándose para esto a la igualdad de perfección en gloria.

3º En el orden está la belleza, y el orden se funda en el *más*, en el *menos*, y en la igualdad. El *más* está en los supremos con respecto a los intermedios, y en éstos con relación a los ínfimos. El *menos* está vice-versa en los ínfimos con respecto a los intermedios, y en éstos con relación a los supremos. La igualdad constituye un orden y un mismo coro, colocando los individuos en una misma línea.

4º Teniendo el cordero inmaculado su trono en el centro, el *más* y el *menos* designan en los espíritus y almas glorificadas los grados de gloria accidental bajo este orden: cuanto *más* tiene una alma de Dios, *más* cerca está de él: cuando *más* inmediata está al trono de Dios, *más* gloria tiene. Cuanto *menos* tiene de gloria, *más* lejos está, y cuanto *más* dista de él, *menos* gloria. Los que se hallan en una misma línea, y distan igualmente de Dios, tienen igual grado. De todos estos principios se deduce que en las líneas que cortan la ciudad desde la circunferencia al centro, cada punto es un grado de gloria accidental, *más* si va de la circunferencia al centro, *menos* si se mira al contrario, *igual* en los puntos de una misma circunferencia.

8. Por estos principios se deja entender que entrando en la ciudad celeste, desde que se pone el pie adentro, cada paso hacia la plaza donde Dios tiene su trono, designa un grado de gloria accidental, y de ahí es que en la construcción de los edificios, sus diferentes formas y adornos han de demostrar la mayor o menor magnificencia y grandeza de la obra de Dios. De ahí es que las doce calles regias que abren las doce líneas tiradas del centro a las doce puertas, desig-

nan la mayor o menor gloria accidental de los ciudadanos celestes.

9. Veamos ahora en la igualdad los coros y jerarquías; pero antes se ha de advertir que siendo los ángeles una multitud tan considerable, el orden se halla entre ellos en el *más*, en el *menos* y en la *igualdad*: ha de haber supremos, ínfimos e intermedios como en toda república bien ordenada, porque por los intermedios gobiernan los supremos en los ínfimos, donde se halla la multitud. De aquí procede el dividirse los ángeles en tres jerarquías, suprema, ínfima e intermedia. Cada jerarquía, comprendiendo también una multitud muy grande, se subdividen por el mismo principio en supremos, ínfimos e intermedios, y ahí tenemos nueve coros u órdenes distintas con diferentes grados de gloria. La suprema jerarquía contiene los tres coros siguientes: supremos, que son los serafines, ínfimos, que son los tronos; e intermedios, que son los querubines. La jerarquía intermedia o segunda, contiene las dominaciones, virtudes y potestades, y la última los principados, arcángeles y ángeles.

Los hombres forman con los ángeles familia, jerarquía, coro y ciudad, agregados a estos coros según el grado de gloria que se les da.

10. Es indispensable dividir el plano por líneas transversales que conduzcan los ciudadanos en línea circular al centro, y estas líneas han de marcar la igualdad de las distancias desde las circunferencias al centro. Habiendo encontrado toda la gloria accidental dividida y cortada en nueve líneas transversales, que son los nueve coros, ahí tenemos toda la ciudad dividida por nueve calles anchas, que facilitan el tránsito de los ciudadanos celestes por el rededor del trono de Dios, *más* o *menos* cerca, según el grado de gloria que cada uno tiene. Tenemos, pues, la igualdad en los espíritus de un mismo coro y jerarquía, la superioridad en los que tienen el *más*, y la inferioridad en los que tienen *menos*.

11. La ciudad está puesta en cuadro tan ancha como larga, tan alta (contados los fundamentos) como profunda:

este cuerpo matemático, perfecto en medida, designa la perfección de la obra de Dios.

Considerando a Dios en el punto central para designar la igualdad de gloria, hemos tirado las líneas circulares para proporcionar a los ciudadanos su movimiento alrededor del trono de su Dios cada cual en su propia esfera o calle, mientras que las rectas que van de la circunferencia al centro y vice-versa les facilitan el otro movimiento de más o menos a toda la multitud, colocando a cada uno en su propia calle, en su propio palacio y en su correspondiente mansión.

## LA CIUDAD Y SUS DIMENSIONES

### LÁMINA 6ª

1. La ciudad es tan ancha como larga, y tan alta y profunda como larga y ancha. Han parecido impropias en sentido literal estas dimensiones a varios intérpretes de las santas escrituras. La presente lámina demuestra que tanto en sentido natural, como en el metafórico es muy conforme al texto sagrado.

En sentido literal es verdaderamente impropio, y casi imposible la construcción de una ciudad que tenga la forma y las enormes proporciones que designa el libro del Apocalipsis, lo es para nuestro modo de ver las cosas, lo es a nuestra debilidad y pobreza, pero no lo es para la sabiduría y potencia de Dios, sino al contrario muy conforme a sus atributos y perfecciones. Manifestaremos en las últimas láminas de esta primera figura que no hay inconveniente en que los escogidos habiten en el empíreo una ciudad modelo, cuyo pavimento y edificios sean oro puro, adornados con cuanto pueda nuestra imaginación concebir de más rico, precioso y bello, y cuya forma revele la gloria accidental de los santos. En tal caso, los fundamentos de la ciudad pueden tener materialmente del mismo modo quinientas leguas de alto, y de profundo, que un millón; porque lo que es imposible a nuestras fuerzas, no lo es a la potencia de Dios.

2. En sentido metafórico la referida forma es muy conforme a la realidad figurada. Si bien la elevación de los edificios, es muy desproporcionada a la de los fundamentos; pero en esto se descubre que Cristo y el apostolado exceden en gloria accidental en una desproporción enorme a todos los

bienaventurados juntos, representados en la superficie de ese cuerpo geométrico. Los fundamentos cuanto más tienen de profundidad, de peso y de solidez, más perfectos son. La profundidad, el peso, y la solidez de los doce fundamentos sobre los que se presenta edificada la Iglesia triunfante, nos hace ver las grandes y sublimes virtudes de Cristo, y de cuantos con Cristo fundaron y sostuvieron en la tierra la Iglesia santa.

Esta lámina pone a nuestra vista un cuerpo de quinientas leguas de dimensión cuadrado, tan alto y profundo como ancho y largo. Representa a Cristo y sus Apóstoles, y todos los escogidos edificados en la superficie, y fundados sobre ellos, como corona, adorno y embellecimiento de toda la obra de Dios.

3. Si este cuerpo geométrico se considera y mira encubierto de montañas, sólo aparecerá sobre éstas la ciudad, basada sobre él; y en tal concepto también tendrá el plano la misma dimensión, la misma proporción, y la misma figura, y estas montañas que amagan los fundamentos, representarán las infinitas perfecciones de Jesucristo, amparando, encubriendo, y protegiendo a su Apostolado.

Así como Cristo con los Apóstoles son la puerta de la ciudad, y están en las doce puertas, y en cada una de ellas hay el Apostolado con Cristo, así también Cristo con ellos, es el fundamento de la misma ciudad, y en los doce está Cristo, y los doce con él son los que mantuvieron en la tierra la Iglesia militante.

## JESUCRISTO FUNDAMENTO DE LA CIUDAD

### LÁMINA 7ª

1. Repetiremos en el curso de esta obra muchas veces esta grande verdad: Cristo Dios, y nuestros prójimos; es el objeto de nuestro amor consignado por la ley de gracia que nos dice: «amarás a Dios por ser él, quien es bondad infinita, y a tus prójimos como a ti mismo» [Mt 22, 37]; Cristo con los prójimos constituye un solo cuerpo, una sola ciudad, un reino, una grey; y ese cuerpo moral, ese reino, esa sociedad es la Iglesia santa, y por lo mismo la Iglesia es la cosa amada fijada por la ley.

2. Si la Iglesia es un cuerpo moral, Jesucristo es la cabeza; si una república perfecta, Cristo es su rey y señor; y si una ciudad, él es la piedra suma, angular, fundamental sobre la que descansa y se apoya la ciudad y sus fundamentos. Los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles y todos cuantos en la tierra edificaron, sostuvieron y defendieron la Iglesia santa con sus doctrinas, con su autoridad, con los buenos ejemplos de las virtudes cristianas, figuran como fundamentos sobre la piedra suma, y no sólo es Cristo fundamento de los fundamentos, sino de todos los que se han salvado, y se han de salvar. Escribe el Apóstol a los Corintios [1Cor 3, 10-11]: por fundamento de la ciudad santa nadie puede poner otro fuera de Jesucristo nuestro Señor. Enviaré [Is 27, 16] en los fundamentos de Sión, dice Isaías una piedra preciosa, angular, fundamental, y probada. Ya no sois huéspedes, y extranjeros, dice el mismo Apóstol a los de Efeso, sino ciudadanos de los santos, y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas, siendo

pedra suma, angular, Jesucristo, en el que toda edificación al construirse toma la forma de un templo consagrado al Señor. Esta es la piedra que vio en sueños Nabucodonosor, cortada sin mano alguna del monte, la que, cayendo sobre todos los reinos e imperios que no estaban fundados en ella, los destruyó y, creciendo, se transformó en un monte tan grande que llenó toda la tierra [Dn 3]. Esta es la piedra que vio el Profeta Zacarías [Za 3] que tenía siete ojos, cuya escultura estaba grabada por mano del mismo Dios. Esta piedra fue la que Moisés hirió con su vara, saliendo de ella las aguas que el pueblo pedía para apagar su sed.

3. Esta piedra figura la humanidad de N. S. J. C. Es de oro purísimo, clarificado y trasparente como el cristal, esmaltado con cuantos brillantes encierran los mares y la tierra. Su peso, es tal, que criatura alguna no puede levantarla, ni la fuerza y virtud de todas juntas; está segura, firme, inmoble, y de un peso enorme, y por esto es solidísima cual corresponde al fundamento de la ciudad eterna. Es tan fuerte que, cuanto choca contra ella, todo se rompe, todo se quiebra, todo se destruye, todo perece, mas ella subsiste, y permanecerá incorruptible eternamente. Cuántos reyes y reinos, cuántos imperios y emperadores han atentado contra ella ¡vanos esfuerzos! no sólo no la han movido de su propio sitio, ni han quebrado de ella la más mínima parte, sino que a sus pies han caído hechos trizas y polvo. Su peso, su solidez, su fuerza es infinita, y el precio sube también a lo infinito. Está adornada con todo cuanto hay de más rico en el mundo moral y material. Encierra todas las gracias, todos los dones, todas las virtudes con tal plenitud, que vale ella sola más que todo cuanto hay fundado encima, que es la Iglesia triunfante. Esta piedra tiene más peso, más precio, más valor y estima ella sola que toda la creación junta. Mírala en la lámina 3ª y la verás sostenida por su divinidad figurada en nubes de gloria. Sus atributos y perfecciones, sus dotes, gracias y dones se levantan en ella como montes pingües y fertilísimos, a la par que solidísimos, y sobre ellos está fundada y edificada, descansa y reposa la Iglesia: en estos montes apacientan los

Pastores su ganado. Tal es Jesucristo en calidad de fundamento de su Iglesia, y teniendo ésta un tal cimiento, no hay en la creación cristiana alguna que pueda falsear esta grande obra.

4. No sólo la Iglesia triunfante, sino la militante está edificada sobre esta inmensa piedra; pues que no hay más que una sola Iglesia, y los del cielo, los de la tierra, y los de debajo de la tierra que están unidos a Cristo, todos están contruidos sobre este mismo fundamento. Cristo es el que los sostiene, los defiende y ampara; él da en el cielo la gloria a los bienaventurados, en la tierra la gracia, las virtudes y los dones a los justos, y la esperanza a las almas que purgan en el fuego del purgatorio sus defectos. Los Apóstoles, y cuantos con Cristo, y en nombre de Cristo sostienen la Iglesia santa, todos reciben de él la autoridad, el poder, la virtud y la doctrina de la verdad.

## LOS DOCE FUNDAMENTOS

### LÁMINA 8ª

1. Para la solidez de cualquiera edificio es necesario que los fundamentos sean firmes, fuertes e inmovibles. En la descripción de la Ciudad Santa de la Jerusalén celeste no debían ocultarse los cimientos sobre los que descansa la Iglesia triunfante al solitario de la isla de Patmos, que es el que los vio: los miró con toda detención, y nos dejó escrito sobre ellos lo siguiente: «Y tenía un muro grande y alto con doce puertas: y en las puertas doce ángeles y los nombres escritos que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel... Y el muro de la ciudad tenía doce fundamentos, y en estos doce, los nombres de los doce apóstoles del corde-ro... Y los fundamentos de los muros de la ciudad estaban adornados de toda piedra preciosa. El primer fundamento era jaspe: el segundo, zafiro: el tercero, calcedonia: el cuarto, esmeralda: el quinto, sardónica: el sexto, sardio: el séptimo, crisólito: el octavo, berilo: el nono, topacio: el décimo, crisoprasio: el undécimo, jacinto: el duodécimo, ametisto» [Ap 21, 12ss.].

2. Los apóstoles son una de las partes integrales y principales de la Iglesia, y por esta razón deben figurar en ella, debajo la ciudad, como fundamentos, alrededor de ella, como el muro de defensa, y en éste; como puertas por donde entran los justos a la gracia y los santos a la gloria... Los nombres de los doce apóstoles son los siguientes: Simón, llamado Pedro y Andrés, su hermano: Santiago Zebedeo y Juan, su hermano: Felipe y Bartholomé, Tomás y Matheo, el publicano, Santiago de Alpheo y Thadeo, Simón Cananeo y Judas Iscariote, en cuyo lugar fue elegido y colocado Mathias.

3. En los cimientos de la Iglesia triunfante están representados no sólo los doce apóstoles de los que acabamos de escribir los nombres, sino todos cuantos ya sean hombres ya mujeres, en el curso de los siglos han sostenido la Iglesia santa; tales son en el antiguo testamento los grandes patriarcas Enoch, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, sus doce hijos, Moisés, los grandes profetas Elías y Eliseo, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel. Entre las mujeres Débora y Jael, Judith y Ester: en el nuevo testamento los grandes misioneros enviados al mundo para renovarle, tales como el gran Bautista, san Francisco de Asís, el de Paula y el Javier, santo Domingo, santo Tomás de Aquino, san Vicente Ferrer, san Antonio Abad, y el de Padua, y entre las mujeres celebres las Eulalias, santa Tecla, santa Catalina de Sena, santa Teresa de Jesús, las hermanas de la Caridad. Con los apóstoles forman fundamento todos cuantos en esta vida se presentan ante los enemigos de la fe católica como muro de bronce para hacer frente a sus ataques; y todos cuantos la sostienen con su autoridad y jurisdicción como son los obispos, y párrocos y demás sacerdotes, igualmente todos los reyes, príncipes y grandes del mundo que, con su poder e influencia, amparan y protegen todo lo santo y religioso. Aquel que en cumplimiento de la ley de gracia ordena las acciones de su vida al bien común de sus prójimos, ya sea hombre o mujer, trabaja en bien general de la Iglesia y la sostiene, porque la Iglesia, como hemos dicho, son los prójimos unidos a Cristo, su cabeza.

4. La materia de que están contruidos los fundamentos de la ciudad celestial es oro puro de primera calidad, y sus adornos son todas las especies de piedras preciosas. En el oro está significada la caridad, y en los adornos todas las demás virtudes adjuntas a esta. A la caridad corresponde en el cielo la gloria esencial de los justos, y por esto está representada por el oro, no sólo en los fundamentos, si que también en todos sus edificios; y a las demás virtudes una gloria accidental en más o menos perfección, según la graduación de perfección con que se practicaron sobre la tierra.

5. Cada fundamento, aunque sean todos oro puro, tiene por adorno una piedra preciosa específica que le distingue y caracteriza; y aquí es manifestada una vocación especial de cada uno de los escogidos que es causa y ocasión de practicar virtudes especialísimas, propias de la persona, y por las que en el cielo se distingue de los demás, se conoce y es denominado. Así como nos conocemos en la tierra por la figura especial y propia de cada uno, así en el cielo las almas se conocen, denominan, y se distinguen unas de otras por una forma especial, personal e individual, correspondiente a la forma especial de virtud que al desarrollarse en la tierra tomó la persona, y que le era debida según el orden moral e intelectual, y en estas virtudes individuales no hay dos que convengan perfectamente.

6. Los fundamentos son en número doce, y por este número es representada toda la multitud que en esta vida sostuvieron la Iglesia santa. Dice San Agustín exponiendo el salmo 86: «La ciudad tiene sus fundamentos en los montes santos». ¿Por qué los apóstoles y los profetas son los fundamentos? porque con su autoridad sostienen nuestra debilidad y flaqueza. El número doce significa cierta multitud: hay doce tronos en el juicio, y representan la multitud de los que con Cristo juzgarán; hay en el muro de la ciudad doce puertas, y figuran la multitud de los que introducen y guían al cielo al hombre viador sobre la tierra.

## UNO DE LOS DOCE FUNDAMENTOS: SAN PEDRO

### LÁMINA 9ª

1. En el apartado anterior hemos presentado los doce fundamentos de la Iglesia triunfante, y en ellos figurada toda la multitud de justos que en la tierra sostuvieron la fe católica, y la religión con sus doctrinas, con su autoridad y poder, con el buen ejemplo de todas las virtudes cristianas, y con la fuerza y eficacia de sus oraciones, y su magnitud es tal que, mirados los doce en globo, no puede nuestra flaca vista distinguir en ellos los adornos que los embellecen, y por esta causa, en éste explicamos uno de los doce; es tan grande su dimensión, cual corresponde en una ciudad de quinientas leguas cuadradas, y por esta razón sólo descubrimos una mínima parte de él con sus correspondientes adornos. Es el primero de todos ellos, el cual representa a Pedro y en Pedro la piedra fundamental de la Iglesia santa, y lo es no sólo de los demás fundamentos sino de todos los edificios construidos y edificados arriba en su superficie: «sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia», dijo Jesús a san Pedro. Sus adornos son diamantes o piedras jaspe, que son las más duras que la naturaleza produce. Y conviene sea así, pues que ante esta piedra firmísima y solidísima han caído cuantos imperios y reinos han chocado contra ella, en cumplimiento de aquella palabra «las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» [Mt 16,18].

2. Siendo Pedro, y con Pedro el Pontífice de Roma una piedra la más dura, sólida y fuerte de cuantas produce el mundo mortal, y de una magnitud tan enorme, todas las fuerzas humanas reunidas en una corona no son capaces de

moverla, si ella al impulso de Dios no se mueve, y por esta razón está muy segura la Iglesia fundada sobre tal piedra.

3. Las piedras preciosas que adornan los fundamentos de la celestial Jerusalén, son las virtudes del Pontificado, y de cuantos con ellas fundaron sobre la tierra la fe, la religión y los principios de la moral y disciplina, etc., y figuran la grandeza de ánimo, o la magnanimidad en las empresas tocantes al honor y gloria de Dios, su fuerza en sostener, y sufrir cuantas penas y contradicciones se les presentaron en el establecimiento de la religión católica en países infieles, y en el sostenimiento de ella en las naciones donde está ya plantada, su fe probada en medio de las hogueras y de tormentos los más atroces, su caridad en dar la vida por la gloria de Dios, su prudencia en el gobierno y dirección de los intereses espirituales y religiosos de los pueblos, de que estuvieran encargados. Las virtudes que se comunicaron repartidas y divididas en la masa del pueblo fiel, se han dado en plenitud y reunida en el Apostolado, y en grado muy perfecto y eminente; y esto es muy conforme a los eternos designios de la sabiduría de Dios, pues que en calidad de fundadores habían de recibir en plenitud lo que habían de comunicar a los demás.

## DOCE ORDENES DE PIEDRAS PRECIOSAS

### LÁMINA 10<sup>a</sup>

1. Y los fundamentos del muro de la Ciudad, están adornados de todas las especies de piedras preciosas bajo este orden: el primer fundamento *Jaspe*, el segundo *Zafiro*, el tercero *Calcedonia*, el cuarto *Esmeralda*, el quinto *Sardónica*, el sexto *Sárdio*, el séptimo *Crisólito*, el octavo *Berilo*, el nono *Topacio*, el décimo *Crisoprasio*, el undécimo *Jacinto*, y el duodécimo *Ametísto*.

2. En la tierra toda la perfección cristiana consiste en la caridad: la Ciudad con sus fundamentos, es toda oro purísimo, y aquí es figurada la gloria esencial, que consiste en la visión de Dios. Todas las virtudes son adorno de las almas, y en la gloria son figuradas en los brillantes y piedras preciosas, como gloria accidental de los bienaventurados.

3. La piedra suma fundamental, que es Cristo, debe estar adornada con todas las especies de piedras preciosas reunidas a doce órdenes, y cada uno de los Apóstoles tiene su adorno especial propio y distintivo, y así, la perfección accidental y accesoria que se halla reunida en Cristo, se ve repartida entre los doce Apóstoles, tanto en los fundamentos como en las puertas, y como diremos a su lugar las virtudes que en los Apóstoles se hallan reunidas con Cristo, están repartidas en los adornos de los edificios de la Ciudad.

4. Examinemos una por una las doce piedras preciosas, de que nos habla S. Juan en su Apocalipsis, c. 21, 5, y en cada una de ellas encontraremos virtudes especiales, propias y distintivas, que constituyen su naturaleza y en ella contemplaremos los distintos dones, gracias y virtudes derrama-

das por el Espíritu Santo a los Patriarcas, Apóstoles, Profetas y a cuantos han sido enviados al mundo con misión especial para salvarle... Veremos primero la naturaleza y propiedad de cada piedra, su forma y color, y después la aplicaremos a uno de los doce fundamentos; por lo que se entiende que los dones, las gracias, las virtudes y la misión dada por el Espíritu Santo en todas épocas a los que han sido destinados para fundar en el mundo la Fe y la Religión, todas en sí distintas en millones de individuos, son unas en Cristo y su Apostolado, y reducidas a doce. El número doce procede del tres multiplicado por cuatro; el cuatro se pone por ser el cuerpo geométrico a que aludimos, cuadrado, haciendo frente a las cuatro plagas del mundo, de donde proceden los que se dirigen a Dios por su Iglesia, y el número tres en el Apostolado se explica por cuanto siendo la Iglesia santa obra *ad extra* de la Santísima Trinidad, entran en ella bautizados de las cuatro partes del mundo en el nombre de las tres personas Padre, Hijo y Espíritu Santo, por mano apostólica. Cuanto se hace por los Apóstoles para edificación de la Iglesia, todo va en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

5. En las doce órdenes de piedras preciosas no sólo figuran las distintas virtudes del Apostolado, sino también toda su doctrina. Son los Apóstoles los fundadores de la Iglesia, y los que la sostienen con su autoridad, con el ejemplo de su vida, con las virtudes y a más con la predicación del Evangelio, de sus doctrinas, leyes, preceptos y consejos. El símbolo redactado en doce artículos es la obra de los Apóstoles, y si bien predicaron todo el Evangelio, se atribuye a cada uno de ellos un artículo especial, como también todos practicaron y practican en la tierra todas las virtudes, se atribuye a cada uno, una especial que les individualiza.

6. El primer fundamento empezando por abajo tiene por nombre *Pedro* por ser el primero de los doce fundadores y de toda la Iglesia, según S. Mateo, c. 16, tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, le pertenece ser una piedra

la más fuerte. Jaspe significa lo mismo que diamante. Este diamante se llama tal por su dureza, pues que si choca con otras piedras, las rompe todas. Su color es verde con máculas de color de sangre, y con líneas que al parecer la presentan cortada. Sus propiedades son: romper las otras piedras, y dispersar los fantasmas, es piedra antiquísima, y se halla en la superficie de la tierra. Su fondo no es enteramente de color verde, sino que lo tiene en máculas y líneas esparcido en varias especies de verde. Es opaco y parte lúcido.

Corresponde a esta piedra preciosa toda la doctrina recopilada en el primer artículo del *Credo en un Dios todopoderoso, criador del cielo y de la tierra*. En el Racional del Pontífice de la ley escrita había en ella grabado el nombre de la tribu de Gad.

#### 2ª piedra preciosa ZAFIRO

7. El *Zafiro* es de color celeste, y luce como las estrellas, teniendo entre el color opaco celeste, puntos de oro que brillan como chispas de fuego y de luz. Esta piedra tenía en el Racional del Sumo Pontífice de la ley antigua escrito el nombre de la tribu de Neftalí, y representa toda la doctrina del segundo artículo de nuestro credo, *Y en Jesucristo, su Hijo unigénito y Señor nuestro*: el nombre de Andrés, hermano de Pedro, está escrito en ella.

#### 3ª piedra preciosa CALCEDONIA

8. En el Racional tenía el nombre de Dan y se llamaba Carbúnculo: tiene el nombre de Santiago, hermano de Juan, y en el credo le pertenece, que *fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de María Virgen* su color es semejante al de un carbón encendido, o de un hierro que arde, y por lo mismo es una piedra que luce y arde, y aún más si se sumerge en el agua.

#### 4ª piedra preciosa ESMERALDA

9. La *Esmeralda* tiene el color semejante a las aceitunas y este color verde va mezclado con un fulgor de luz vivísima como la de una centella. Este verde es muy vivo, excediendo al que tiene la yerba más encendida. En esta piedra está escrito el nombre del Apóstol san Juan, representando por lo mismo sus virtudes, esto es, la virginidad y castidad, y su amor ardentísimo de caridad. En el Racional tenía grabado el nombre de la tribu de Judá, y figura toda la doctrina del Evangelio reducida al cuarto artículo del credo *padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado*.

#### 5ª piedra preciosa SARDONICA

10. Esta piedra tiene el color de carne en su superficie, y siendo trasparente, este mismo color remata en blanco como especie de uña cándida, y al fondo presenta un color negro, y luce como las otras. En ella vio S. Juan escrito el nombre del quinto Apóstol Felipe, y en el Racional traía el nombre de la tribu de Manasés. Figura la doctrina del quinto artículo *bajó a los infiernos* y las virtudes de S. Felipe.

#### 6ª piedra preciosa SARDIO

11. Tiene el color de carne humana clarificada, o glorificada. En ella estaba escrito el nombre de la tribu de Rubén, y según S. Juan, traía esta piedra el nombre de S. Bartolomé, y simboliza la doctrina del sexto artículo del credo *resucitó de entre los muertos*.

#### 7ª piedra preciosa CRISOLITO

12. El *Crisólito* resplandece y arde como el oro, y tiene la especie de un cristal muy puro y luciente. En el Racional

representaba la tribu de Efraim, y en los fundamentos de la celestial Jerusalén trae escrito el nombre del séptimo Apóstol S. Mateo. Figura sus virtudes, y la doctrina cristiana recopilada en el séptimo artículo *subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre.*

#### 8ª piedra preciosa BERILO

13. Esta piedra es un brillante que según como se mira, tiene el color unas veces verde oscuro, como el del olivo, y otras celeste. Este brillante es diferente de los demás, pues que los otros engastados al oro resplandecen más; este brilla más solo que con el oro. En él había en el Racional el nombre de la tribu de Benjamín, y como fundamento de la Iglesia triunfante lleva el nombre de Sto. Tomás, y representa el octavo artículo *de allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.*

#### 9ª piedra preciosa TOPACIO

14. El *Topacio* es una piedra fulgentísima, especialmente si se expone a los rayos del sol. Su color es semejante al oro, y, según como se mira, se ve también de color verde. Por ser tan radiante con mucha oportunidad se le aplica el nono artículo de nuestra santa fe *creo en el Espíritu Santo.* En el Racional del Sumo Pontífice llevaba esculpido el nombre de *Simeón*, y en la celestial Jerusalén el de *Santiago*, primo del Señor.

#### 10ª piedra preciosa CRISOPRASIO

15. Esta piedra es opaca; su color es verde oscuro, con picos lucientes o máculas de oro: dicen tener la propiedad de curar las enfermedades de los ojos. En el Racional llevaba el nombre de Isacar, y en el décimo fundamento de la Iglesia triunfante el de Judas Thadeo. Toda la doctrina cristiana com-

prendida en el décimo artículo del credo *la Santa Iglesia católica, la comunión de los Santos* está representada en sus propiedades y virtudes, como también la misión de este Apóstol.

#### 11ª piedra preciosa JACINTO

16. El *Jacinto* es una piedra preciosa muy sólida y fuerte; no obstante es cortada por el diamante: es lúcida y de color celeste, que degenera en púrpura. Bajo el nombre de *Ligurio* en el Racional tenía escrito el nombre de Aser, y en la Jerusalén celeste el de Simón Cananeo: figura la doctrina del undécimo artículo del credo *la remisión de los pecados.*

#### 12ª piedra preciosa AMETISTO

17. Esta piedra preciosa es fácil de trabajar; su color es de púrpura y violado degenerando, según como se mira, en rosa, y aparenta una especie de llama del mismo color; es muy suave a la vista y por esto la llama Plinio la piedra de Venus. En el Racional tenía esculpido el nombre de Zabulón, y en el duodécimo fundamento de la celestial Jerusalén lleva el nombre de Matías, puesto en lugar de Judas, el traidor: figura la doctrina del último artículo del credo *la resurrección de la carne, y la vida eterna.*

18. Según lo visto, traen estas misteriosas piedras escritos y grabados los nombres de los Patriarcas en representación de las virtudes especiales de éstos, el de los Profetas y Apóstoles en figura de las virtudes y misión especial de cada uno de ellos, y todas juntas son la riqueza, ornato, y belleza de los fundadores de la Iglesia santa.

Estas piedras tienen muchísimas propiedades, que son comunes a todas, y otras especiales de cada una; sobre esto véase Cornelio a Lápide comentando el Apocalipsis, quien se funda en los profundos estudios de Plinio sobre esta materia.

Lo dicho basta para nuestro objeto, que es nada más que describir una por una todas las partes principales de que consta el plano de la Ciudad Santa de Dios.

Fue medida la Ciudad en sus fundamentos y los adornos propios y característicos de cada uno, porque la eterna Sabiduría no sólo previó, y predestinó los que habían de fundar su Iglesia y sostenerla, sino que fijó a cada uno de estos fundadores, o fundamentos la misión especial que había de cumplir, el tiempo, el modo, y las virtudes que cada una de estas misiones tiene adjuntas, y las gracias y dones que la correspondían, y la gloria en el Cielo.

## MUROS DE LA CIUDAD

### LÁMINA 11ª

1. Tenía un muro grande y alto con doce puertas, y en las puertas doce ángeles, y los nombres escritos que son los nombres de las doce tribus de Israel Apoc. cap. 21,5,12. «Por el oriente tenía tres puertas, por el mediodía tenía tres puertas, por el septentrión tres puertas, y tres por el occidente. El que hablaba conmigo tenía una medida de una caña de oro para medir la ciudad, sus puertas y el muro. Y midió el muro y tenía ciento y cuarenta y cuatro codos de medida de hombre que es la del ángel. Y el material de este muro era de piedra jaspe».

San Juan escribía desde la isla de Patmos en Grecia: en Grecia se medía por codos: un codo, tenía la cuarta parte de la estatura del hombre. Se entendía por codo desde la extremidad de los dedos hasta lo que llamamos nosotros el codo.

2. Este muro era de piedra jaspe. Ya hemos visto que el jaspe es una de las doce órdenes de piedras preciosas la más sólida, la más dura y la más fuerte, y que era una especie de diamante. Son el muro que circuye la Ciudad Santa en Cristo y con Cristo los Apóstoles los P. P. y Doctores de la Iglesia Santa y con estos todos aquellos que durante la vida presente en las batallas de la fe se presentaron frente los enemigos de Dios como piedras firmísimas y solidísimas rechazando sus sugerencias del mal, y sosteniendo con firmeza todo lo santo, todo lo bueno y todo lo religioso. La grandeza y la altura de este muro figura lo sublime, y lo perfecto y lo heroico de las virtudes de los defensores de la Fe Católica. Estas piedras tienen máculas de oro a manera de

sangre derramada, y esparramada con hilos al parecer que las cortaban, y es que la mayor parte de los defensores de la Iglesia derramaron la sangre en testimonio de la Fe y de la verdad, y su sangre si al parecer les rompía y destruía según la carne, pero estas cortaduras no fueron sino aparentes como en las líneas del jaspe, y en realidad allí donde aparecen quebrados, están más firmes. Fueron los Santos Mártires flacos, y sucumbieron según la carne al golpe de la cuchilla del sacrificador, pero según el espíritu fueron y son invencibles, y más duros que la misma muerte: esta no hará más que revelar su gran fuerza en padecer, en sufrir, en resistir, y para no ceder.

3. En este muro no se habla de máquinas ni de pertrechos de guerra para defenderse contra los tiros del enemigo; y es la causa que pertenece a una ciudad que disfruta de una paz inalterable y perfecta a diferencia de los muros de la Iglesia militante que por ser ciudad de guerra los describiremos armados.

Este muro tiene en cada frente 500 leguas de línea o de largo, y sus fundamentos tienen de profundo igual medida, y teniendo la ciudad la misma profundidad, resulta de nuestro cálculo matemático que sobre la piedra suma y sobre los doce fundamentos descansa no sólo el muro, sino toda la ciudad, teniendo ésta los mismos cimientos que el muro, de modo que un fundamento tiene de ancho en su superficie 500 leguas.

Veremos ahora sus doce puertas, tres en cada uno de sus cuatro frentes.

## LAS PUERTAS

### LÁMINA 12<sup>a</sup>

1. Son doce Margaritas, y cada una de ellas es una margarita.

El número doce procede del cuatro multiplicado por tres. El cuatro se halla en los cuatro frentes del muro de la ciudad, Oriente, Septentrión, Mediodía, y Poniente: el significado es que de las cuatro partes del mundo suben a la Ciudad Santa de la Iglesia triunfante las almas beatificadas, glorificadas, y santificadas por Cristo y sus doce Apóstoles en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, por lo mismo cada frente tiene tres puertas; en cada una de ellas está Cristo, y las doce son una sola en Cristo, y Cristo es la puerta por donde entramos. *Yo soy la puerta, la vía, y la vida* [Jn 14,6].

2. Margarita según Cornelio Lápide significa unión, que es lo mismo que un conjunto de perlas brillantes, diamantes y demás piedras preciosas. Según este significado, cada puerta es un conjunto de piedras preciosas de diferentes órdenes, que forman la entrada en la ciudad celestial. Así conviene que sea, porque la figura ha de estar en relación con la verdad figurada. Cada puerta es Cristo y su Apostolado, y allí deben estar simbolizadas las virtudes, las doctrinas de los Patriarcas, de los Profetas, de los Apóstoles, de los SS. Padres, de los Doctores, y de los Prelados de la Iglesia. Debe ser pues cada puerta el conjunto de todas las virtudes las más altas y sublimes, que se han practicado durante la vida presente.

3. En cada puerta ha de haber por consiguiente el número uno, y está figurado Dios en el Angel, guardián de la entrada; el número tres en referencia a la SS. Trinidad, el

número doce, por razón de que Dios trino y uno nos santifica por mano Apostólica, el número siete que hace alusión a las siete virtudes principales del Apostolado, el número cuatro con orden a la Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, y el número tres con respecto a la Fe, Esperanza y Caridad.

4. Somos sobre la tierra viandantes, y nos dirigimos a la Ciudad Santa que estamos describiendo. Antes de llegar, ya vemos entre enigmas, sombras y misterios la gloria que esperamos. Hemos oído hablar de las inmensas riquezas, grandezas y glorias de aquellos ciudadanos; tenemos de aquella eterna mansión una idea sublime, grande y tan grande como es capaz de concebir nuestro corto entendimiento: pues bien, al llegar, lo primero que descubren nuestros ojos, son las puertas y sus muros, y por esto conviene, y es conforme al plano trazado por el dedo de Dios, que el primer golpe de vista corresponda a lo que nos ha revelado la Fe católica sobre la felicidad del hombre; es muy conforme a la verdad, que allí en la puerta hallemos en los brillantes, en los diamantes, en los jaspes y en ese conjunto de perlas que se llama Margarita, a Dios trino y uno, a la Humanidad de Cristo, y al Apostolado en la forma que las puertas ofrecen al primer golpe de vista, y que allí veamos representadas las virtudes de Cristo y de sus Apóstoles con toda la perfección y brillantez que pueda darse en la obra de la creación.

5. Hacemos con las puertas lo mismo que sobre los demás detalles del plano y es buscar antes la realidad, que se ha de dibujar, y luego al delinearla y sombrearla, dar a la cosa, que se ha de representar, la figura que le corresponde.

El Angel que está en las puertas, tiene en las manos la espada y las balanzas. La espada defiende la entrada del paraíso celestial a todo Angel y hombre malo, a la pena y al deber, al llanto y a la miseria. En la muerte del hombre pesa Dios los méritos de cada uno para darle no sólo la gloria, si la merece, sino los grados que le tocan, pues como diremos luego entre ciudadano y ciudadano hay una graduación de gloria cuasi infinita.

6. En las puertas está el número doce, y en ese número están los nombres de las doce tribus de Israel, esto es, el libro de la vida, y de la predestinación. Por cuanto al entrar se les da destino, se les señala puesto, y se fija a cada uno la vida que allí ha de hacer durante la eternidad, conviene que haya allí el Angel encargado de anunciar a cada uno la mansión que ha de ocupar, así como en las obras artificiales, descrito y fijado el plano, vienen los operarios, y conocida la figura de cada una de las piezas, una vez acabada y perfecta por la señal y número conocen su destino, así procedentes las almas de las fábricas de la Iglesia militante, en llegando a las puertas, encuentran el Angel encargado de anunciarles su mansión, registra el plano, busca en el libro de la predestinación el nombre de aquella pieza, que ha de entrar en la construcción de la Jerusalén celeste, y visto su nombre, es transportada allá a donde la Suprema Inteligencia la ha destinado. En las puertas están los nombres de toda la multitud inmensa, que está destinada a poblar esa espaciosa Ciudad, y según aquel nombre especial que tiene allí, es conocido y será llamado eternamente en el cielo. No pueden entrar allí sino los que están escritos en el libro de la vida.

## LOS AFUERAS DE LA CIUDAD

### LÁMINA 13ª

1. Antes de penetrar por dentro la ciudad, conviene mirarla desde el punto de vista que la describió el Solitario de Patmos. Sobre este golpe de vista nos dice el texto sagrado *vino uno de los siete Angeles*, habló conmigo y me dijo, *ven y te manifestaré la Esposa que tiene el cordero por Esposo* [Ap 21,9], y me levantó en espíritu sobre un monte grande y alto y desde allí me describió la Ciudad Santa, por nombre Jerusalén, procedente en el cielo de Dios.

2. Si entramos por las puertas, y andamos por las calles, no veremos más que detalles de la ciudad, pero no la ciudad entera. Conocido el plano, que en las láminas anteriores hemos bosquejado, en esta ofrecemos a la vista del espectador la ciudad toda mirada a ojo de pájaro desde aquel punto donde el Angel colocó a S. Juan. Según hemos dicho, la ciudad tiene 500 leguas de línea de uno a otro extremo. Presentamos pues en esta lámina la misma del núm. 5, pero bajo punto de perspectiva todo en globo. Siendo tal la distancia de una a otra puerta, y teniendo cada una de estas hasta el centro 250 leguas, la vista natural, a cuyos alcances proporcionamos la figura y el bosquejo, no llega a descubrir sino una mínima parte en edificios, y lo demás se ha de ver en los espacios, que marca el terreno que toda ella ocupa. S. Juan la miraba con visión intelectual, y nuestro entendimiento lo alcanza todo, y lo ve sin distancias de una sola vez. En visión material no puede mirarse sino una parte muy pequeña.

3. Se ven en el plano primeramente doce calles reales, que partiendo de cada una de las doce puertas, conducen los ciudadanos celestes desde la plaza, que está en el cen-

tro a las puertas, y de estas al trono de Dios, que está en medio de ella: hay a más nueve calles de inferior orden transversales, que marchan en línea recta desde uno a otro extremo, facilitando estas líneas la comunicación de unos con otros, y por último, otras nueve calles cortan la ciudad en línea circular alrededor del trono de Dios: entremos pues ahora en la ciudad para contemplar la magnificencia, la perfección, la riqueza y la gloria que encierra adentro; pero antes demos una mirada por sus afueras.

4. La ciudad está situada en medio de una llanura cercada toda y rodeada de montes altísimos y sublimes que son los atributos y perfecciones de Dios, que la amparan y protegen contra sus enemigos. Ella es el paraíso celestial, lugar de delicias escogido por Dios para vivir y reinar allí con sus fieles adoradores, y estos montes con sus elevadísimas cúspides la mantienen en paz y seguridad contra todos los enemigos externos, que no tienen acceso a ella. Allí no hay ni puede haber lágrimas, ni llanto, ni muerte; allí ni la envidia, ni pasión mala puede turbar el eterno reposo de estos ciudadanos. La omnipotencia de Dios, su justicia, su bondad, su misericordia, su amor de Paternidad, su sabiduría y demás atributos a manera de montes impenetrables la rodean, y no dejan al mal sendero alguno libre para penetrar allí. Los caminos que se ven, que guían al hombre viador hacia sus puertas, están trazados por el dedo de Dios: no hay más que estos; los que no van por aquí, no llegan, se extravían y se pierden. Son estas vías abiertas noche y día al miserable mortal los preceptos de la ley de gracia; *amarás a Dios de todo tu corazón, y a los prójimos como a ti mismo* [Mc 12,31]. Sólo a los que marchan por aquí, les es permitido acercarse a las puertas de la eterna mansión de los justos. El que venciere, poseerá la gloria, que Dios le ha preparado en esta ciudad santa, y este será el hijo de Dios, y Dios será su padre. Los tímidos, los incrédulos, los homicidas, los fornicarios, los maleficiadores, los idólatras, los mentirosos serán todos lanzados por la potencia de Dios de este lugar de paz, y enviados a un estanque lleno de fuego y de azufre.

**LAS DOCE CALLES PRINCIPALES:  
PRIMERA JERARQUIA**

LÁMINA 14<sup>a</sup>

1. Entrando en la ciudad por cualquiera de las doce puertas, la línea que dirige al ciudadano celeste a la plaza, es recta, y constituye una calle espaciosa, cual corresponde en el plano a la multitud de ciudadanos. Las líneas rectas de las puertas al centro indican el *más*, y al contrario el *menos*. Las líneas circulares, la igualdad de gloria accidental; y el orden y la belleza se funda en el *más* en el *menos*, y en el *igual*. Veremos ahora estas calles, y en ellas contemplaremos la gloria esencial y accidental de los bienaventurados.

2. Gloria esencial: hay un principio general, en que todos los ciudadanos convienen, y son iguales, cual es, ver y gozar de Dios: esta gloria eterna es el galardón de la caridad representada y figurada en el oro; y por esto dice el texto sagrado, que la ciudad toda, esto es, su pavimento, sus edificios, en una palabra, todo el material de que es construida, es oro puro, clarificado, transparente, semejante al cristal más puro, de modo que todos los palacios son de la misma materia: habiendo igualdad en esto ¿dónde estará el *más* y el *menos*, y por consiguiente su gloria accidental?

3. Primero: el trono del cordero está en el centro, y de aquí procede la luz, y la gloria, el goce y cuanto posee el ciudadano. Cuanto más perfección de caridad tuvo el alma en la tierra, tanta más gloria le toca en el cielo. Cuanta más gloria tiene, más cerca le pertenece tener la mansión, y vice-versa: cuanto más perfección de caridad y de gloria tiene el alma, más cerca se ha de considerar hacia el trono de Dios, y cuan-

to más cerca están los edificios, siendo estos de oro transparente, con más fuerza reciben las influencias del Sol de Justicia, y al contrario cuanto menos tienen de perfección, más lejos están de Dios; y los que convienen en un mismo grado de méritos se hallan en línea circular en un mismo grado de perfección de gloria. Hay una cosa en la que el ciudadano celeste no tiene igual, y esta perfección es aquella que mira a la formación del individuo, y a aquella fisonomía exterior e interior, material y espiritual, que es propia y característica del individuo, como también en el nombre propio, que indica su individualidad y singularidad. En todo lo demás hay grados de gloria comunes a muchos, y en estos hay la igualdad.

4. En segundo lugar: en los adornos, en la forma y figura, en sus muebles y en su magnitud puede también haber *más*, *menos*, e *igual*, y según este principio, cuanto más hacia el trono de Dios está el edificio, más rico y precioso es; y menos cerca del trono de Dios, a más lejos, menos tiene de grandezas, riquezas y glorias; si bien allí no es como en esta tierra de miserias, pues todos tienen gloria tanta cual permite su capacidad, y por esto todos están completamente satisfechos de lo suyo.

5. De lo dicho se infiere, que en las líneas que en el plano se ven tiradas desde las puertas al centro, hay tantos grados de más gloria accidental, cuantos puntos tiene hacia adentro, y al contrario tanta menos considerando la línea del centro a las puertas. Entrando, pues, a la ciudad, caminando hacia la Plaza Real, cuantos pasos se dan, tantos grados más de gloria se hallan, tanta más influencia de luz y de amor, tanta más copia de brillantez, tanta más perfección y riqueza. Las nueve líneas circulares que conducen al ciudadano viajando alrededor del trono de Dios, constituyen nueve grados de gloria accidental, en los que convienen muchísimos. En una calle que tiene de largo desde sus puertas al centro 250 leguas de largo, calcúlese los grados de gloria que puede haber.

Todos estos grados pueden reducirse a nueve, aunque en sí sean muchísimos; y tirando alrededor del trono de Dios nueve líneas, tendremos dividida y partida la ciudad en nueve calles transversales, anchas y espaciosas, que sirven para las relaciones mutuas de los ciudadanos entre sí, y los que están entre línea y línea circular formarán en el cielo órdenes, o coros de bienaventurados.

6. En tercer lugar: también hallamos el *más*, el *menos* y la *igualdad*, en que para que una multitud inmensa como esa esté ordenada, debe haber entre ellos supremos, ínfimos, e intermedios, porque Dios observa esta ley de gobierno; que por los supremos dirige los intermedios, y por éstos los ínfimos, y de aquí procede la reducción de todos los grados de gloria a tres generales, que constituyen tres Jerarquías en un sólo principado, o Reino, y los hombres haciendo familia, coro y jerarquía con los ángeles, resulta que toda la multitud de ciudadanos celestes tienen esta división que nos es conocida. 1ª Jerarquía, Serafines, Querubines y Tronos. 2ª Dominaciones, Virtudes y Potestades. 3ª Principados, Arcángeles y Angeles.

7. Apoyándonos sobre estas doctrinas resulta, que al entrar en la ciudad eterna se encuentran primero los simples Angeles, y en último término, a la fin de la calle, entrando en la Plaza Real, donde tiene su trono el Cordero, se ven los palacios de aquellos espíritus, que asistiendo ante el trono del Altísimo, son los grandes del Reino de Dios; tales son los Serafines, y cuantas almas han igualado a estos espíritus en amor de caridad. Esta lámina ofrece a la vista la tercera Jerarquía, que es la primera entrando en la ciudad, y la última saliendo.

## VISTA DE LA SEGUNDA JERARQUIA

### LÁMINA 15ª

1. Los grados de gloria, que el supremo Artífice ha ordenado dar a cada uno de los espíritus humanos, están en relación con las gracias y dones, mediante los que adquieren el grado de perfección, que corresponde al que han de recibir en gloria en la Iglesia triunfante; y según los grados de perfección de Caridad que adquieren en la tierra, les da de ley ordinaria en el cielo la recompensa. Veamos los grados de perfección que tiene la Caridad en la Iglesia militante, y por aquí conoceremos los de gloria en el cielo.

2. La Caridad excluye todo pecado; el más fatal de éstos es la incredulidad; el que cree, y es bautizado, entra en la Iglesia. A este triunfo de la Fe contra la incredulidad toca en el cielo el primer grado de gloria, y con los Angeles éstos forman una masa innumerable de pueblo.

3. La Caridad excluye toda infracción contra los preceptos de Dios y de la misma Iglesia, y al triunfo contra todo pecado mortal corresponde el grado segundo de perfección de gloria en los Arcángeles.

El pecado venial es también contra la Caridad, y el amor de ésta al purgar de él al viador, le da un tercer triunfo, el que debe ser recompensado con otro grado de gloria entre los Principados de la tercera Jerarquía.

4. La Caridad arranca del corazón mediante el ejercicio de las virtudes morales los malos hábitos producidos por los vicios opuestos, y a esta victoria pertenece en la celeste Jerusalén un cuarto aumento de gloria entre las Potestades.

La Caridad, purga el corazón humano de todas las afecciones terrestres, y dirige todos sus afectos a Dios estableciendo en él la verdadera Esperanza, y el triunfo del amor en el hombre en las batallas contra sí mismo debe ser recompensado con un quinto grado de gloria entre las virtudes.

La Caridad purgado el corazón de las malas afecciones, y el entendimiento de los errores, auxiliada de la Fe y de la Esperanza une nuestro corazón con Dios en puro amor, y a este acto de unión, que es el complemento de todas las victorias conseguidas contra sí mismo, contra las ilusiones del Angel tenebroso y del mundo, pertenece el sexto grado de gloria entre las Dominaciones.

## VISTA DE LA TERCERA JERARQUIA

### LÁMINA 16ª

1. Continuando nuestra marcha desde las puertas hacia el centro, hallaremos siempre más gloria, siempre más riquezas, y más perfección.

La caridad en la tierra produce en el corazón del que la recibe, dos operaciones: primera une al hombre con Dios, purgándole de todo cuanto hay en él que sea contra Dios; le dispone y prepara todas sus fuerzas físicas y morales, para que sin retardo pueda volar a Dios, y haga con facilidad y prontitud cuanto Dios manda y ordena. Obra paulatinamente y por grados, y acabado y perfecto en el amor de Dios, la misma dispone y prepara todas sus fuerzas, ordenándolas al bien de sus prójimos. Para el primer acto pone en orden todas sus compañeras Fe, Esperanza, Prudencia, Justicia, Fortaleza, Templanza, y para el segundo necesita de las mismas virtudes, que obran también en el hombre poco a poco disponiendo todos sus actos al bien común de los otros... La Caridad destruye en el corazón humano el egoísmo espiritual ordenándole al bien de la Iglesia, y por esta victoria merece ser colocado entre los Tronos de la Jerarquía primera, que son los Angeles asistentes al trono del Altísimo.

2. La Caridad poco a poco domadas y acalladas todas las pasiones malas en su primera empresa, y destruido el egoísmo espiritual con la infusión de la Fe, Esperanza y demás virtudes, purga el corazón de todos los hábitos malos, que el amor propio espiritual con sus vicios espirituales había dejado allí; y a esta gran victoria le pertenece un octavo grado de gloria entre los Querubines; porque clarificado el espíritu con la infusión de la Fe en orden al último término del

amor se ha transformado en la tierra en un Querubín por sus luces, ciencia de Dios, y claridad de entendimiento en orden a los misterios de la Religión.

3. La Caridad, por fin, dispuestas todas las fuerzas del hombre, y ordenadas a la gloria de Dios y de los prójimos, elevándole sobre sí mismo, le pone en posesión de amor con el objeto amado, fijado y marcado por la ley, que es Dios y los prójimos, y siendo estos dos objetos uno solo en la Iglesia, le une con ésta en fe, esperanza y amor, y este matrimonio espiritual entre la Iglesia y su amante es el complemento de todas las leyes, es el sacramento grande y admirable, que encierra profundos misterios. A este acto último de la caridad pertenece el noveno y último grado de gloria en el coro y entre el orden de los Serafines.

4. De aquí resulta que el noveno grado de perfección en gloria encierra la perfección de todos los demás. Los serafines tienen en gloria el amor de la caridad en un grado elevadísimo, como también las almas que constituyen coro y jerarquía con estos espíritus sublimes. Este coro son inteligencias clarificadas por la ciencia y sabiduría de Dios, y encendidas en el fuego de la caridad, ocupadas en los intereses y bien general de la Iglesia y del universo. A este coro pertenece el serafín encarnado san Francisco de Asís, a quien un Serafín comunicó las llagas de Jesús: aquí está nuestra santa madre Teresa de Jesús cuyo corazón fue traspasado por otro Serafín con un dardo encendido de fuego: aquí están agregadas aquellas almas, que en esta vida mortal, cooperando a la gracia, y a los dones del Espíritu Santo, contrajeron y consumaron aquel Matrimonio espiritual, de quien dice el Apóstol: «este sacramento es grande y lo es entre Cristo y su Iglesia» [Ef 5, 32].

5. Estos nueve coros, o grados de perfección en gloria son puntos generales, en que se divide toda la distancia que hay desde las puertas al trono de Dios, que es de 250 leguas. Cada uno de estos grados incluye otros muchísimos, de modo que tomando una línea recta desde las puertas al cen-

tro hallamos tantos grados, cuantos puntos tiene ésta, que son innumerables... Estos puntos, o grados indican el más o el menos en gloria accidental, de manera que los ciudadanos, que tienen su mansión más inmediata al trono de Dios, gozan más gloria accidental, y los que más distan de él, tienen menos, y como ya hemos dicho otras veces, tienen un grado igual, y en el más, en el menos, y la igualdad se ve el orden en la gloria.

Representan además estas líneas las comunicaciones directas, y relaciones entre Cristo, cordero sin mancha sentado en su trono en el centro de la ciudad, y su esposa la Iglesia, cuyos miembros son todos los ciudadanos celestes.

6. Cada uno de los nueve órdenes indicados tiene su línea circular, que rodea el trono de Dios, y este círculo abre una calle y vía de comunicación entre iguales de un mismo coro. Este círculo dista más o menos del centro, está más o menos inmediato a Dios, según es su perfección, y en cada una de estas calles se ve la igualdad, la uniformidad; y esta igualdad ya en la forma de edificios, ya en sus adornos constituye el orden y la simetría, que manifiestan la sabiduría de Dios.

Las demás líneas rectas tiradas desde un extremo a otro de la ciudad no simbolizan otra cosa sino las relaciones fáciles, que debe haber en los ciudadanos celestes entre sí. Así como si figuramos la Iglesia bajo la especie de una Mujer, deben admitirse las relaciones de todos los miembros con la cabeza, de ésta con cada uno de ellos, y de todos unos con otros entre sí, lo mismo si es una Ciudad, o un Reino, no puede haber orden sin estas relaciones.

En el cielo la gloria de Dios llena de tal modo la potencialidad del bienaventurado, que no deja vacío alguno: cada uno goza tanta gloria, cuanta capacidad hay en él, y nadie apetece ya más de lo que posee: y en esta plenitud de gloria individual consiste la beatitud esencial. En esto todos los ciudadanos celestes convienen.

## LA PLAZA DE LA CIUDAD

LÁMINA 17<sup>a</sup>

1. La Plaza sirve para reunirse allí ante el trono del Cordero, que está en medio de ella, toda la gran multitud de ciudadanos celestes en cuerpo moral bajo Cristo, su cabeza, y por esta causa conviene al marcarla, darle las proporciones que corresponden a tan grande multitud. *Y la plaza de la Ciudad es oro puro, trasparente como el cristal [Ap 21,21].*

—Y me manifestó el río de las aguas de vida, resplandeciente como el cristal, procedente de la silla del Cordero. En medio de la plaza, en una y otra orilla del río, me hizo ver el árbol de la vida, dando doce frutos por año, el suyo cada mes, y sus hojas para la salud de las naciones. Aquí no habrá más maldición, sino la silla de Dios y del Cordero [Ap 22,5,1].

2. Como diremos en otras partes, no nos hemos de figurar que la Iglesia triunfante vaya volando, discurriendo y divagando por los dilatados espacios del Empíreo sin objeto. Estará en sí ordenadísima y fija en un punto: lo indica la descripción que de ella hace S. Juan. La plaza es el punto preordenado y escogido por la sabiduría de Dios para congregarse allí en cuerpo y en masa todos los bienaventurados ante el trono del Cordero. Allí donde está el trono de Dios, allí conviene esté la plaza. Consideremos a los ciudadanos celestes en dos actos: el uno, congregados ante el trono de la Majestad suprema de Dios, y el otro, situados y fijos cada uno en su respectiva mansión. En este último cada uno de por sí gozará de las inmensas delicias de su propia y respectiva mansión: esta será un sitio preparado por la mano

omnipotente de Dios para gloria de sus hijos. Aquí tendrá su reposo y el descanso eterno, y disfrutará de una paz que nada alterará ni perturbará. La mansión respectiva de cada ciudadano, si nos figuramos que allí haya ciudad, ha de ser un magnífico palacio o sitio creado por la mano del Eterno Padre, por la sabiduría del Hijo, y embellecido por la virtud del Espíritu Santo, como patrimonio y herencia del Hijo de Dios, adoptado por gracia y dotado en la gloria, no sólo con las tres dotes de la visión, fruición y posesión divina, sino con una gloria accidental proporcionada al sitio que ocupa: éste tendrá en la forma y figura de la mansión representada, tanto la gloria esencial de cada uno, como la accidental. En este sitio reposará y permanecerá por toda la eternidad. Considerada la Iglesia triunfante en el individuo, creemos que éste tendrá su respectiva mansión: cuál será ésta, qué forma tendrá o tiene, no lo sabemos, pero sí creo será un sitio preparado, no sólo para el goce de la gloria de Dios, sino para recreo y satisfacción de todos los sentidos corporales.

3. Si cada uno de los bienaventurados tendrá su respectiva mansión, toda la multitud ha de tener también un sitio conveniente; y este ha de considerarse allá donde tenga Jesucristo su trono, que es la Plaza de la Ciudad. Al impulso del Espíritu Santo, saliendo los ciudadanos de su respectiva Mansión o Palacio, se congregarán en la Plaza, que hará las veces de Templo, y allí veremos de un golpe de vista el objeto de nuestro amor, que es Dios y los prójimos constituyendo en Jesucristo cabeza una sola cosa, que es su Iglesia. En la Plaza de la Ciudad no sólo veremos a Dios, sino a todos nuestros prójimos: veremos a estos constituyendo un solo cuerpo bajo Cristo, su cabeza, veremos la Iglesia triunfante glorificada en su carne inmortal: la veremos allí en todo su orden, en su ser perfecto, sin faltarle un cabello en su cabeza: comprenderemos entonces lo que significa esta ley: *amarás a Dios por ser él quien es bondad infinita, y a tus prójimos como a ti mismo* [Mt 19,19; 22,39]; allí veremos que la Iglesia, esto es, Cristo, formando cuerpo moral con los escogidos, es el término y objeto de nuestra dicha verdadera: allí

conocerá el hijo a esta su tierna Madre y Virgen Purísima, allí el amante se sentirá reposar en el pecho y en los brazos de esta Esposa siempre fiel; en ella verá una belleza indefinible e indescriptible. En la Plaza de esta Ciudad de paz la beatísima Trinidad nos descubrirá sin velos la Iglesia santa: eres tú, le dirá el Padre, mi hija predilecta, reposa en mi seno, «¡que eres bella, esposa mía, amada mía! dirá el Hijo, descansa en mis brazos»; y el Espíritu Santo, poniendo de manifiesto toda su gloria, nos la presentará como el templo escogido para su mansión. En la Plaza, ante la congregación de los Angeles y Santos, veremos la Paternidad de Dios, allí Jesucristo se presentará como cabeza de todo el cuerpo, como Rey y Señor de todos los Reyes; allí veremos quiénes son los grandes del reino celestial, allí nos veremos unos a otros, todos reunidos por el Espíritu Santo, como familia ante su Padre. Nos reuniremos en la plaza todos en cuerpo de Nación, Principado o Reino para cantar en gran Orfeón las alabanzas al Señor: tal es el destino que tiene la Plaza en la celestial Ciudad.

## EL TRONO DE JESUCRISTO

LÁMINA 18ª

1. Al hacer nosotros la descripción de la Iglesia triunfante tras las sombras de una Ciudad, se ha de tener presente que la consideramos en su ser perfecto y completo, tal como se presentará a nuestra vista después de la consumación de los siglos, o bien perfecta en la concepción divina. Bajo este respecto nos vamos a ocupar de tres objetos que llaman nuestra atención, a saber, la silla del Cordero en medio de la plaza, el río de agua de vida procedente de ella y el árbol de la vida en una y otra parte.

Presentamos en esta lámina el trono de Jesucristo en medio de la plaza real y central de la celestial Jerusalén, y a su alrededor toda la Iglesia triunfante, cuyas partes principales son los nueve coros angélicos, y agregada a éstos la inmensa multitud de hombres y de mujeres, que con sus cuerpos glorificados estarán allí cantando eternamente las alabanzas del Señor.

2. Sobre esta lámina nos ocurren varias observaciones, que no podemos dejar en blanco: *la primera* es que en el espacio inmenso del Empíreo la Iglesia triunfante, considerada en carne inmortal, glorificada en el cuerpo del hombre y de la mujer, siendo por lo que tenga de material, un cuerpo moral, que ha de ocupar un sitio, no se ha de creer que vaya divagando por tan dilatados espacios sin objeto fijo; sino que la Majestad soberana de Jesucristo ha establecido su trono en un sitio determinado, que sirva de centro y de punto de partida para los ejercicios de vida eterna de toda aquella gloriosa multitud. *La segunda*: por grande que sea la multitud de

cuerpos glorificados predestinados para la gloria, reunidos en forma de pueblo, ocuparán una parte tan pequeña en los inmensos espacios del Empíreo, que apenas puede compararse con la de un solo hombre con respecto a toda la superficie de la tierra. *La tercera*: esta multitud, considerada en sus individuos, tampoco puede creerse que vaya paseando sin objeto por aquel dilatado salón: pues que siendo la Iglesia triunfante mirada en su ser perfecto la obra propiamente dicha de Dios, se ha de creer, que procederá en el goce de las delicias eternas bajo un orden invariable, inmutable, y tan fijo que ninguna acción habrá en el individuo, que no esté ordenada a la manifestación de la gloria de todo el cuerpo. Este orden nos lo revela el Ángel al medir con la caña de oro el espacio que había de ocupar la Iglesia santa. Aunque ni es imposible, ni nada fuera de extraño que hubiese allí, constituyendo las calles trazadas en nuestro plano, grandiosos, y magníficos palacios de oro puro, y trasparente como el cristal, adornados con las mil especies de brillantes, y margaritas, de que nos habla S. Juan: digo que nada veo de extraño en esto; y es la causa que, teniendo Dios a cada uno marcado el sitio, que individualmente ha de ocupar siendo para la gloria y recreación de nuestro cuerpo y de los sentidos, se ha de suponer que en su forma tendrá un aspecto magnífico, grandioso y sorprendente.

3. Y lo mismo se dice de toda la Iglesia en cuerpo. Si consideramos aquel lugar especial, que ha de ocupar toda la multitud en sí, ordenadísima, como un salón con un pavimento de oro purísimo, con un ambiente también puro, y de vida eterna, sin límites ni líneas divisorias, que constituyan diferentes órdenes y jerarquías, no creemos formar en esto figuras en la imaginación opuestas a la fe: pero creemos, sí, más conforme a ella, que el lugar y aquel sitio especial destinado para eterna mansión de los bienaventurados, está ordenadísimo bajo el plano, que nosotros vamos describiendo, u otro que nos es desconocido. En tal caso las habitaciones servirían no para ampararnos contra las inclemencias del tiempo, ni para buscar en ellas el reposo a nuestras fati-

gas, o seguridad contra enemigos externos, sino para satisfacción y gloria de nuestros sentidos; y a más los muros de los palacios siendo de una materia tan preciosa como el oro clarificados como el cristal luciente, no sólo servirán de recreo a nuestra vista, sino de líneas divisorias, que marcando a cada uno el lugar especial que se le ha destinado formándose en calles y en ciudad, veamos en esta demarcación la inmensa sabiduría de Dios en la forma misma de los edificios, de las calles y de la ciudad.

4. Un solitario con la esperanza de la gloria, que se le ha prometido, vive en las aberturas de un monte, angustiado, afligido, errante en las soledades, vestido de pieles, sin casa, ni ciudad: muere éste del mismo modo que el rico opulento, sube a la gloria: ¡qué cambio! Puesto que su estado no le prohíbe el andar, sentarse, estar derecho, ocupar un trono magnífico, en una palabra, que halle allí en recompensa de su fe, de su esperanza y de su abnegación un palacio, esto es, un lugar fijo, estable, especial, ordenado a su eterna dicha, es muy conforme a las leyes de la bondad y de la justicia de Dios: *en la casa de mi Padre hay muchas mansiones* [Jn 14,2], dijo Ntro. Sr. Jesucristo. Ni menos hallamos contrario a nuestra fe que la ciudad santa de la Jerusalén celeste esté materialmente edificada bajo el plano, que nos traza el Apocalipsis; pues que se ha de creer que aquel lugar especial, escogido para eterna gloria de los bienaventurados de entre los espacios inmensos del Empíreo, tendrá una forma especialísima. ¿Y cuál mejor que la de una ciudad tal, cual nos pinta el capítulo 21 y 22 del Apocalipsis? Así como en este mundo la materia por sus formas sirve para el socorro de nuestras necesidades, y recreo de nuestros sentidos, pues que Dios la ha criado para imprimir en ella la figura de sus grandezas, también en el cielo nos ha de servir a este objeto. Dios al criar a Adán podía dejarlo divagando por la tierra; pero en su sabiduría de entre todos los países escogió un lugar especial a quien dio el nombre de Paraíso, le encerró allí, y fue el lugar de donde fue lanzado por el pecado. ¿Por qué no podemos ver en estas disposiciones del Altísimo

una figura del Paraíso celestial? Por fin, como diremos luego, muchos doctores de la Iglesia de gran nota toman materialmente lo que se dice sobre el río de aguas de vida, sobre árboles y flores en el paraíso menos inconveniente hay en creer, que la habitación de todos y de cada uno tenga la forma de palacios, de calles, y de ciudad. A más de que atendido el extraordinario afán de las sociedades terrestres en edificar ciudades de tierra de cal y de madera; conviene sean estas una sombra y figura de una ciudad eterna y permanente, tipo, modelo y realidad de todas ellas, como en verdad es ésta, que estamos delineando.

5. Donde Jesucristo tiene la ciudad, allí debe tener su trono, y su reino, porque Cristo y la Iglesia son un solo cuerpo. Donde está Cristo, está la Iglesia: donde está la Iglesia, está Cristo. Establecido el trono de Jesucristo en un sitio, especialmente escogido del Cielo-Empíreo, hemos de considerar también fija al rededor de su trono, su Iglesia, ocupando toda ella el espacio que se le haya marcado, como igualmente cada individuo, moviéndose todos al impulso del Espíritu Santo.

6. Ya que hablamos de la parte que la Iglesia santa tiene en el cielo de material, para que no se crea que hayamos de ser allá puros espíritus, permítasenos contestar a las preguntas siguientes:

Primera: ¿Tendremos allí música?

Claro está que sí, pues de lo contrario nuestro oído no tendría objeto. Todos los coros de cuerpos glorificados dirigidos por la eterna sabiduría del Padre, que es Jesucristo, formarán el gran orfeón, en el que jugarán tantos instrumentos de música, cuantos en número sean éstos, en tal manera que cada uno de ellos será un instrumento especialísimo y singular, que no fallará, ni puede faltar una sola vez. El conjunto de tantas voces, a cual más dulce y melodiosa, será tan grato a nuestro oído, y tan suave a nuestro corazón que gozará por esta parte material cuanta satisfacción quepa a un hombre glorificado. El cántico será siempre nuevo, tanto

en su composición como en su forma, y en los objetos a que aluda. El compositor es la misma sabiduría y los ejecutores tan felices en su memoria para aprenderle, que no habrá necesidad de repetición alguna, y tan exactos en el cumplimiento de su oficio, que ni faltarán ni podrán faltar una vez.

Continuaremos en la lámina que sigue lo que la Iglesia santa en el sitio de sus glorias tiene de goces materiales, y contestando a las demás preguntas.

**EL ARBOL DE LA VIDA EN UNA Y OTRA PARTE  
DEL RIO**

LÁMINA 19ª

1. Segunda. ¿Nuestro olfato tendrá también sus goces?

Sí: los tendrá, como todos los demás sentidos, de una manera tan perfecta y tan pura, cual pueda imaginarse, pues que aquel sitio es el destinado por Dios para que el hombre tenga una satisfacción completa, y para esto no puede quedar ni en el alma potencia alguna, ni en el cuerpo miembro, parte, ni sentido, que no esté lleno, participando en cuanto sea compatible con su condición y naturaleza de las glorias de Dios. Cada uno de los cuerpos glorificados exhalará una fragancia específica y a más no creemos incurrir en error alguno afirmando que el río de aguas de vida procedente de la silla del Cordero conserve siempre en su lozanía y sin marchitarse jamás flores incorruptibles por la virtud de estas aguas, que a más de recrear la vista y el olfato de los ciudadanos celestes, sirven allá como acá para representar las virtudes que practicaron éstos en la tierra, y a más aquellos dotes de gloria accidental propios y característicos de cada uno de ellos. En apoyo de esta nuestra opinión copiamos de Tirini lo siguiente:

2. «V. 1. San Juan ve un *río* (el texto árabe le llama *mar de agua viva*, esto es, que llevaba continuamente aguas vivas y vitales, *procedente de la silla* (o trono) *de Dios y del Cordero*, vistosamente colocada en medio de la ciudad en un lugar alto y le ve correr por medio de *la plaza*, esto es, alrededor de todas las plazas de la ciudad, ya para placer, ya para utilidad de los habitantes, utilidad doble, a saber es,

para dar bebida a los sedientos, v. 17, y suministrar comida a los hambrientos, de los frutos de los árboles que crecen en ambas orillas, v. 2. Por este río, Ruperto y S. Ambrosio entienden el Espíritu Santo procedente del trono de *Dios y del Cordero*, esto es, del Padre y del Hijo; Ricardo y Joaquín entienden la gracia y los dones del Espíritu Santo. Mejor con Alcázar y otros entenderás tanto por el río como por el *árbol de la vida* la sobreabundancia de bienes y placeres que se derraman sobre todos los Santos de la clara visión y fruición de Dios, y de Cristo, cuales son en el alma el gozo, paz, quietud, deleite, conocimiento y ciencia de todas las cosas; en el cuerpo completa salud, vigor, robustez, agilidad, claridad, sutileza, impasibilidad, etc., con los cuales *Primeramente* como con un néctar y ambrosia celestial los santos plenamente sacian su sed, y todos sus deseos se deleitan, y como si dijéramos, se embriagan sin cesar. En segundo lugar, como con manzanas sabrosísimas y muy vivificantes, se nutren, engordan, robustecen y se hacen inmortales. Pues estas manzanas son de tanta eficacia, que aun solas las *hojas*, esto es, la más mínima cosa de que los Bienaventurados en el cielo se recrean y alimentan, es suficiente para producir la plena y sólida *Sanidad de todas las Naciones* en la tierra, si por un solo instante pudiesen disfrutar de ella. Mas, alude al *árbol de la vida*, esto es, a aquel árbol vivificador que estaba en el paraíso terrestre y afirma que en el Paraíso celeste todas las especies de árboles que hay, son *árboles de vida*, esto es, que dan vida e inmortalidad. De aquí es que S. Agustín, S. Anselmo, S. Lorenzo Justiniano y otros muchos, juzgan, que al pie de la letra habrá un verdadero río, verdaderos árboles, verdaderas manzanas, verdaderas flores y cosas floridas, olorosas, amenas, que perpetuamente deleitarán y colmarán de un continuo placer, la vista, el olfato, gusto y tacto corporal a los Santos. Pues esto fácil es a Dios, conforme a la naturaleza corporal y comprobado con varias revelaciones. Porque si como enseña Sto. Tomás, Ricardo y Barradio, sacándolo de S. Ambrosio, Basilio y Damasceno, hay en el cielo Empíreo aire, que a

manera del nuestro corre y sopla (pues de lo contrario los Bienaventurados vivirían en el cielo como en un sólido muro apretados) ¿por qué no ha de haber también agua y huertos y frutos, pero eternos y celestes, con los que todos los sentidos corporales de los Santos, se deleiten aun corporalmente? como que así han de ser deleitados lo enseñan Sto. Thomas, Escoto, Domingo Soto, Henrico, Mayor, y otros muchos a quienes citan y siguen Francisco Suárez y Juan Salas. Mas, que estos árboles celestes produzcan todos los meses, nuevos frutos, y que este río lleve siempre nuevas aguas, simboliza que hay en los Bienaventurados una continua renovación de deleites y bienaventuranza, y que ésta es siempre completa y perfecta de manera, que todos los meses, días y horas, esta fruición les sea tan nueva, sabrosa y deleitable, como lo fue el primer día y la primera hora; pues jamás, ni aún después de mil millares de millones de años les sobrevendrá el más pequeño vestigio de vejez, fastidio o haurtura. El río y árboles de Ezequiel, c. 47, según expuse allí, figuraron anagógicamente este río de los goces celestiales, y estos árboles de vida. Jacobo Alvarez de Paz tropológicamente adoptó todas estas cosas a la *perfección* plantada en el corazón de los justos junto a las corrientes de las aguas, cuya raíz es el temor de Dios, los ramos, las virtudes, las hojas, los preceptos divinos, los frutos, los ejercicios de todas las virtudes principalmente de los doce frutos del Espíritu Santo. Si no hay inconveniente en afirmar que haya árboles, aguas y flores, tampoco la habrá en que haya Palacios y Ciudad».

## EL CIELO EMPIREO

### LÁMINA 20ª

1. Todo este plano, que estamos desarrollando en las láminas anteriores, alude en sentido metafórico a la Iglesia triunfante, representando sus líneas y sombras, sus glorias y sus grandezas espirituales principalmente. En sus fundamentos, puertas y muros, vemos a los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, a los SS. Padres y Doctores, a los Prelados y a cuantos han trabajado en fundarla, sostenerla y defenderla en esta tierra de miserias, y las margaritas, las perlas, diamantes y demás piedras preciosas, que embellecen estas piezas, nos predicán las eminentes y elevadísimas virtudes de estas privilegiadas almas. En el oro de que está construida la ciudad, contemplamos la caridad, y en los adornos de sus Palacios las demás virtudes de la inmensa multitud de ciudadanos que la habitan. Las líneas, que formando calles y dividiendo y subdividiendo la ciudad, la ordenan y ponen en una fácil y pronta comunicación entre sí, y de toda ella con su Rey, nos manifiestan la infinita graduación en la gloria accidental comunicada a los espíritus celestes y almas glorificadas. Nos resta ahora examinar si esta misma figura, que la actual serie de mapas está formando en relación a la Iglesia de Dios, puede referirse a una verdadera ciudad material tal cual la estamos presentando a nuestros lectores. En nuestro concepto esta ciudad, tal cual nos la describe el Angel por S. Juan, lejos de tener cosa alguna contraria ni a las leyes y reglas de la naturaleza, ni a las de nuestra Fe, muy al contrario, la creemos muy conforme a los designios de Dios en orden al destino dado a todas las criaturas al crear el universo: y esto es lo que vamos a demostrar, y para esto hemos de fijar las bases siguientes:

2. *Primera.* La Iglesia triunfante es un cuerpo moral perfecto, visible, un imperio constituido de innumerales naciones y pueblos, con vida propia, y la parte que mira a lo visible es compuesta de hombres y mujeres como los demás reinos, que vemos sobre la tierra, con sola la diferencia que la vida de acá, que consiste en comer, dormir y trabajar, es allá sustituida por otro modo de sostenerse incomparablemente más noble, y perfecto: y por esta razón ha de ocupar lugar.

3. *Segunda.* Que la Iglesia materialmente considerada ocupa en el Empíreo lugar, no cabe duda: todos lo creemos así. Este sitio se llama el Cielo Empíreo.

4. *Tercera.* El Cielo Empíreo ha de considerarse como un cuerpo verdadero, y el pavimento de nuestra mansión ha de ser sólido, capaz de sostener nuestro cuerpo, prescindiendo de sus dotes de agilidad, pues que allí hemos de tener la facultad de andar a paso lento, como la de volar por aquella región purísima.

5. *Cuarta.* Ya que durante esta vida caduca hemos sido peregrinos, y no hemos tenido punto alguno fijo, porque nuestras miserias nos han sacado de todas partes, es justo, tengamos allí, ya miremos al ciudadano en individuo, ya consideremos en cuerpo de nación la Iglesia toda, un punto fijo, su sitio estable, y como dice el Apóstol una ciudad permanente en los espacios inmensos del Empíreo, y esto es lo que significa mansión «en la casa de mi Padre hay muchas mansiones» [Jn 14, 2] y esto es lo que nos dice el Apóstol, aquí «no tenemos ciudad estable y permanente, sino que buscamos otra, que es la Jerusalén celeste» [Hb 13, 14].

6. *Quinta.* Bajo el supuesto que la Iglesia Santa ocupe en el Empíreo su sitio, y local proporcionado al número de sus hijos: ¿este local por su forma estará preparado desde la creación a tal objeto? No hay que dudarle: *omnia propter electos*: este sitio es el Paraíso celestial, sea cual fuere su figura.

7. *Sexta.* Sobre lo que antecede, nada podemos saber, sino es o por revelación, o por lo que se deduce de los principios de ésta: consultemos las escrituras sagradas. Según estamos nosotros describiendo, la Suprema inteligencia envió un Angel a S. Juan, solitario en la isla de Patmos, y le dice: «ven y te mostraré la Esposa del Cordero, y yo Juan vi la Ciudad Santa de la Jerusalén nueva». Esta es la ciudad modelo, a la que vamos. Esta ciudad tal cual la vamos desarrollando, es muy conforme a los designios grandiosos de Dios sobre sus escogidos: por su capacidad, por su forma, por sus riquezas, y por los materiales de que consta, es cual conviene a la eterna mansión de la esposa de Jesucristo. El espacio medido por el Angel es muy capaz para tal objeto, pues que según Alcázar, citado por Tirini bajo el supuesto de que haya en la ciudad de Sevilla (España), cien mil ciudadanos, cabrían en la ciudad que estamos describiendo, dos millones de ciudades como Sevilla, cuya gente necesitaría más de seis mil años para subir allá bajo el supuesto que cada hora entran sin cesar cuatro mil. En cuanto a los materiales, nos dice S. Juan, son los que se conocen en la naturaleza de más puros y ricos, sólidos y preciosos como son el oro y las piedras preciosas con los que la pintamos embellecida.

8. A más siendo este sitio la eterna mansión, y reposo de los bienaventurados, se ha de dar a la materia una figura, que indique esta misma estabilidad; y ninguna mejor que la ciudad, que marca a la Iglesia toda, y a cada uno de sus miembros distrito, barrio, calle, palacio, mansión. Los primeros cuidados de Josué al entrar en la Tierra prometida fueron, marcar a cada tribu y hasta a cada familia el terreno que debía ocupar.

9. Ya se tome la Iglesia triunfante como una ciudad en sentido material, ya metafóricamente, nos ocuparemos en estas dos láminas últimas sobre la figura y magnitud del Empíreo. Siendo un cuerpo, puede medirse, y por lo mismo tiene figura, y ésta es la que deseamos conocer.

10. Copérnico, Ptolomeo y los demás Astrónomos al describir el cielo inmóvil, y Empíreo, han tirado una línea al rededor del mundo material visible, y no llegando su lente a penetrar más allá de lo que les descubren sus cálculos sobre los movimientos de las estrellas, planetas, y esferas celestes no se han ocupado de su figura y magnitud. Estando esta cuestión fuera del alcance de los cálculos humanos, es de la incumbencia de los Teólogos. Estas dos láminas presentan el cielo Empíreo en mayor, o en menor magnitud bajo la misma forma circular de un globo, con sola la diferencia, y esta es muy grande, que según la lámina que nos ocupa, en el sistema de Copérnico el sol material está en el centro de la creación, y el sol de la justicia Jesucristo y su Iglesia, allá arriba figurando como un planeta; y en la segunda, que es la que describe nuestra opinión Jesucristo está en el centro del universo con sus escogidos; y el mundo visible y móvil figura dentro el Empíreo como un cuerpo magno destinado a la vida perecedera del hombre. Prescindimos de las opiniones, que sobre el sistema planetario han formado los Astrónomos: convienen todos en que el dicho Empíreo está más allá del mundo visible, y que incluye dentro de su inmensidad este globo. Al figurarle han tirado una línea circular a su alrededor, y ésta es la que proponemos a la discusión de los Teólogos, porque fije en la creación la magnitud del Empíreo, y su forma.

### [SU MAGNITUD Y FIGURA]

#### LÁMINA 21<sup>a</sup>

1. Vense tres objetos que llaman nuestra curiosidad en esta lámina. El Empíreo, la Ciudad Santa en el centro, y el mundo visible. Daremos ahora la razón de nuestras medidas.

2. El Empíreo es el lugar, sitio, o local criado por Dios para eterna mansión de su hija predilecta, de la Esposa de su Hijo, la Iglesia Santa: La Iglesia Santa Triunfante es el fin, a cuya gloria son criadas todas las cosas, y el universo entero. *Omnia propter electos* [2 Tm 2,10]. El mismo Cielo Empíreo, las esferas celestes con las estrellas y planetas, los elementos y cuanto hay en ellos, todo por bien de su Iglesia. Esta es la imagen viva de Dios, en la que quiso su bondad fuesen representados sus atributos y perfecciones. El Cielo Empíreo es un cuerpo perfectísimo, el más precioso que pueda considerarse después del cuerpo glorificado de los santos, y este sitio es *propter Ecclesiam. Propter quod unum - quodque, et illud magis...* Debe pues considerarse como el cuerpo magno en el universo, y de una extensión más allá de lo que pueda concebir nuestra imaginación. Del Empíreo, como de la ciudad, y por lo mismo de todo el universo Cristo, en su humanidad como Dios y hombre es el sol de justicia, es el *lumen gloriae*, que derramándose sobre todo lo criado da a cada criatura según su capacidad en tanta copia y con tal perfección que la luz misma del sol queda hecha tinieblas, y ofuscada a su presencia, o mejor diremos, renovada, clarificada y robustecida. Esta es la verdad. Cristo está en medio de la Ciudad Santa de Jerusalén, y de allí procede como de su propio centro la luz de gloria, y la misma gloria a toda la ciudad, y de allí a todo el Empíreo, y demás criaturas.

3. Por esta razón ponemos en el centro del universo a Cristo, y a su Esposa, a ésta y su habitación. Todo ese mundo material, que vemos, se mueve a nuestra vista, las esferas celestes, y los cuerpos, que giran en ellas, las estrellas y planetas, todo ese globo no es más que un punto con respecto al Empíreo, sirve al bien de la Iglesia, y debe por lo mismo con su sorprendente magnitud ser a presencia del Empíreo, y dentro el Empíreo nada más que un laboratorio, una pequeña fábrica donde se trabajan las piedras vivas, que han de entrar en la construcción de la Ciudad Eterna, no son más que la matriz, donde con respecto al hombre y a la mujer fue encerrada la Iglesia el tiempo fijado para su santificación, y terminado este tiempo sale esta a luz, respira y goza en un nuevo Cielo, y nuevo país el aire de vida eterna e imperecedera: todos estos cuerpos juntos, que constituyen el mundo móvil y visible, comparados con la inmensa grandeza del Empíreo son una estrecha cárcel, donde vive el hombre en carne mortal: y en su centro queda sepultado con el Angel malo con toda su malicia, si la muerte le sorprende en pecado. Tal es la idea, que tenemos de la tierra, y demás cuerpos elementales, y de cuantos cuerpos celestes sirven al hombre para esta su vida perecedera. No abundamos en el sentido de algunos, que piensan, que sea ese sol material el que debe ocupar el centro del globo del universo, sino la humanidad de Jesucristo, y el cuerpo de su Esposa la Iglesia, por la que ha sido todo criado, y a cuya gloria servirán las criaturas todas. Nuestra imaginación débil forma sus figuras según lo que ve, y estas grandes verdades, que la Fe católica le descubre, son las únicas medidas que tenemos para servir nuestro compás.

4. Bajo este plano presentamos las figuras en este orden. El Empíreo es el cuerpo magno a cuyo centro está fijo Jesucristo, y su Esposa, y la ciudad de los dos; el mundo actual visible y móvil a nuestro ojos es otro cuerpo mínimo dentro del Empíreo.

5. El pavimento sobre que está fundada la Ciudad Santa, está marcado por una línea, que toma en llano todo el

inmenso globo del Empíreo pasando por su centro. Según nuestro plano el Empíreo es el gran globo del universo, y cuanto hay en la creación nada en él, y está allí a gloria de los ciudadanos celestes, y de Jesucristo su cabeza. Bajo este concepto la Majestad soberana de Jesucristo está y debe estar como Dios al centro de todo el Empíreo, fijo y estable, y allí su trono, allí su Iglesia, allí la mansión eterna de ambos, y allí el reposo de sus fieles adoradores. La Humanidad de Ntro. Sr. Jesucristo es el cuerpo más noble de todos con tal excelencia que reúne él solo en sí toda la perfección corporal del sol, de las estrellas y de todos los cuerpos celestes juntos, y por esta razón le compete ocupar el centro de toda la materia creada, recibiendo esta su claridad, su luz, toda su nobleza y preciosidad de su humanidad: todos los filósofos afirman que el hombre es el universo en compendio: reúne en sí las perfecciones de todos los cuerpos celestes y terrestres, es el Rey de los animales, y demás seres vivientes, y glorificado en el firmamento de los cielos un astro que oscurece con su claridad la luz del mismo sol y de las estrellas, y por éstas sus dotes, atributos y perfecciones, entra en el orden del universo que la Humanidad de Ntro. Sr. Jesucristo ocupe su centro como verdadero Sol de justicia. Donde está la cabeza, se han de colocar los miembros, donde está Cristo, está su Iglesia; debe por consiguiente considerarse ésta en el medio del Empíreo: no en un rincón del universo, ni arriba, ni abajo, ni a sus extremos, sino en medio de todas las criaturas materiales, habiendo sido estas criadas para su servicio, recreo, adorno y embellecimiento.